6584

Masaniello.

F. Santini

MASANIELLO.

MASANIELLO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS

POR

FRANCISCO SANTIN.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1876.

PERSONAJES.

MASANIELLO.
EL DUQUE DE ARCOS.
ALCESTE.
FRAY GENNOVINO
GENNARO.
GIUSEPPE.
IL PIONE.
PERRONE. } Bandidos.
PALUMBO. }
OLIMPIA.
ELEONORA.

Soldados españoles, hombres y mujeres del pueblo.

La escena pasa en Nápoles, 1647.

AL C. GENERAL

RAMON CORONA,

Ministro plenipotenciario de los Estados Unidos Mejicanos en Madrid.

Al Sr. D. Victor García.

Gratitud del autor á su segun= do padre.

Madrid, Mzo. 1/876.

675388

AL SEÑOR

DON RAFAEL SANTIN.

PADRE MIO:

Estudiando la Historia, leyendo los episodios más importantes de la de Italia, he encontrado en sus páginas una época interesante, y hoy la bosquejo en este drama. He respetado tanto como es posible los hechos principales: Masaniello es el mismo personaje, su revolucion la misma, y algunas escenas, aunque parezcan inverosímiles aquí, no son sino las que nos ha legado la Historia, tales como el incendio de los navíos, la órden de Masaniello de hacerse besar los piés por un noble, su locura, su muerte. Si el pueblo lo llamara mártir, mi heroina lo anuncia... Los demas personajes, exceptuando al duque de Arcos, no son sino creados por mi imaginacion: Olimpia no ha existido nunca; he querido mostrar algunos tipos de aquellos tiempos; por eso es que los bandidos de quienes se servían los que podían pagarlos son representados aquí por Perrone y Palumbo; los feudales oprimiendo al pobre pueblo, el intrigante que recurre á todos los crímenes para ocupar un trono los doy á conocer en la persona de Gennovino.

Lea V., pues, estas páginas, padre mio, y dígnese V. recibirlas como un sincero homenaje de la

gratitud, amor y respeto que profeso á V., que el primero me ha puesto en las manos los libros de la Historia...

Y no lo olvidemos, ella mejor que ningun maestro nos da á conocer al hombre; al enseñarnos la manera de juzgarlo nos da con la experiencia el más rico tesoro....

Para concluir: quién me ha inspirado este drama? La lectura. «Quereis escribir novelas, recurrid á la Historia.» Yo diré á mi vez: quereis escribir para el teatro? Recurrid á la Historia... Tengo, ademas, la pretension de creer que la de mi hermosa patria tiene su semejanza con la que me sirvió hoy de pretexto para ocupar mi pobre pluma. Ya comprenderá V. despues que me haya leido.

Terminaré justificándome ante el público con estas palabras: Masaniello es un episodio de la Historia de Italia, Olimpia es mi drama.

Acéptelo V., padre mio, con su benevolencia conocida. Es un nuevo testimonio, por ligero que parezca, del inmenso amor que le profesa su hijo

FRANCISCO.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una vasta plaza. En el fondo el golfo, un navio en último plano. A la izquierda un pequeño hotel particular con balcon al exterior. La derecha da la vista de algunos edificios.

ESCENA PRIMERA.

El pueblo reunido en la plaza, GIUSEPPE, IL PIONE, en medio, al centro de la escena. PERRONE y PALUMBO á la derecha.

PERRONE. (Á Palumbo.) No lo olvides; nuestra mision hoy es de saber lo que pasa aquí, lo que piensa, lo que quiere ese populacho que parece amotinarse.

PAL. Entendido. (Se mezclan al grupo.)

GIUS. Lazzaroni, la situacion es insoportable. Nosotros pagamos con nuestros impuestos los placeres de esos que se llaman grandes, como se titulan nobles. Ellos se regalan mientras que nuestros hijos tienen hambre.

IL PIONE. Lo que nuestros trabajos arrancan de la tierra con tanto esfuerzo, ellos nos lo arrebatan con la más insultante é inícua sangre fria.

GIUS. Y los impuestos aumentan; ayer era el pan, era el vino; hoy, sabeis lo que acaba de decretarse?

UNA VOZ. No, no, habla.

Gius. Y bien, nosotros los que recogemos los frutos, nosotros los que los vendemos, debemos pagar una nueva contribucion sobre ellos. El comprador está satisfecho, es decir, los nobles, que no tienen otra ocupacion que la de desafiarse entre sí en el lujo y la magnificencia de sus festines. Nosotros pagamos su fausto; por eso es que hoy las frutas pagan su entrada. Horrible es á fe mia el que nos compren con el mismo dinero que nosotros les damos todo lo que vendemos.

Una voz. Imposible!

Il Pione. Nada más cierto; el aviso está fijado; todos pueden leerlo.

Gius. Esto ya es intolerable. Apenas si podemos ganar ni lo que exigen ellos para sus orgías, mientras que el pueblo no tiene pan.

Varios. Es verdad, es verdad.

Gius. Reunámonos, Lazzaronni, tengamos ánimo; que los que habitan palacios y se encierran en castillos fortificados, sepan al fin que el pueblo napolitano está cansado de soportar su odioso yugo.

Varios. Si, sí!

Il Pione. Que tiemblen hoy al ver la justa cólera del pueblo Que no haya piedad para ellos, extranjeros la mayor parte, que vienen á beber nuestra sangre, á dejarnos morir con una lenta agonía por la vergüenza, la desesperacion ó el hambre tal vez...

Todos. Abajo los impuestos! Mueran los nobles!

Gius. Sabeis por qué mi canasto está vacio? Porque he preferido no vender, porque todo lo que contenía lo he arrojado al rio, ántes que darlo á esos ilustres señores que viven de nosotros.

Una voz. Haremos lo que tú, Giuseppe.

Gius. Ya es tiempo de que concluyan nuestras desgracias, nuestra miseria; la culpa la tiene el duque de Arcos, que no se atreve á poner un límite á la ambicion de todos los que se disputan por gobernarnos.

Il Pione. Muera el duque de Arcos.

TODOS. Muera!

PERRONE. (Bajo á Palumbo.) (Esto se anima.

PAL. (Id. á Perronne.) Silencio, escuchemos.)

GIUS. Presentemos nuestro ultimatum: si el duque nos protege, viva el duque, mueran los nobles; si se opone á concedernos lo que pedimos de justicia, tanto peor para él...

TODOS. Abajo los impuestos!

PAL. Y quién se atreverá á hablar el primero, á presentarse al duque de Arcos? (Masaniello abriéndose paso entre la multitud.)

ESCENA II.

LOS MISMOS, MASANIELLO.

MASAN. Quién?... Yo ..

GIUS. Masaniello!

PERRONE. (Ap.) (El hombre de Fray Gennovino!)

MASAN. Sí, hermanos, yo, el humilde pescador, iré á encontrar al bárbaro que nos oprime: Español, le diré, tu cabeza responde de la salud del pueblo.

GIUS. Nosotros te seguiremos.

IL PIONE. Ordena, estamos dispuestos á obedecerte.

TODOS. Abajo los impuestos! Viva Masaniello!

MASAN. Yo tambien sufro lo mismo que vosotros, desgraciado, y á mí tocaba la más horrible de las torturas; oh!... (Ap.) (Es tiempo de cumplir mi juramento.) (Alto.) Lo que nos han humillado esos verdugos del honor del pueblo, es inaudito; han abusado de nosotros; los gobernantes nos han engañado, los nobles han guardado sus castilos; ya no dependemos de uno solo, sino de muchos. Unámonos, viva el rey de España, que ha conquistado Nápoles con las armas en la mano, mueran los nobles que lo han vendido á sus cortesanas.

TODOS. Viva Masaniello!

MASAN. No, hermanos; yo soy el mismo que vosotros, sufro lo mismo, ya os lo he dicho, y más acaso; yo tambien he

pagado con mi sangre las horrorosas orgías de los que nos dominan, y mi honor ha sido pisoteado cobardemente por uno de ellos... Ay de aquel que insultára á Masaniello!

GIUS. (Ap.) (Piensa en las desgracias de Marietta.)

MASAN. Ya hace tiempo que mis pensamientos todos están con vosotros, que no sueño sino en ver libre á mi hermosa patria, y el dia no está lejos en que ella rompa las cadenas de su esclavitud. Nápoles tendrá tambien sus vísperas sicilianas. Ayudadme, seguidme, nosotros veremos á nuestros piés á los mismos que nos han ultrajado tanto tiempo. Estais decididos?

TODOS. Sí, sí!

MASAN. Y bien, esta noche van á pasarse grandes acontecimientos. Estad alerta, Masaniello vela por vosotros; cuando os dé una señal acudid aquí, á esta plaza; el pobre pescador va á libertaros del execrable yugo que pesa sobre vosotros.

IL PIONE. Y cuál será esa señal?

MASAN. Una luz viva, una gran llama.

GIUS. Dónde ha de brillar?

MASAN. Es mi secreto. Retened bien mis palabras, no perdais ninguna: esa llama todos las vereis esta noche: cuando el horizonte os ilumine con una luz extraña, recordad que la hora ha sonado de la venganza, que esa luz es la espléndida de nuestra libertad. Venid aquí, Masaniello será con vosotros.

UNA VOZ. Es un delirio.

GIUS. Calla, imbécil. Quién no conoce al intrépido jefe de los lazzaroni? Su valor ha sido probado, su virtud es incontestable.

IL PIONE. Acordaos del rival de los Alarbes; á quien todo Nápoles envidiaba probablemente, pero á quien aplaudía en su admiracion con entusiasmo.

MASAN. Y si vacilais aún, nombrad otro jefe; el pueblo necesita de uno para combatir á los nobles.

GIUS. Tú lo serás, Masaniello.

IL PIONE. Sí, tú eres el único que nos podrá salvar de los tiranos.

TODOS. Viva Masaniello!

MASAN. Pues que lo quereis, yo os conduciré al combate, se decir, á reclamar nuestros derechos. Pero tenedlo bien entendido, obedecedme en todo. Retirémonos, id á descansar, que la noche va á ser dura; pero todo lo debemos sacrificar á nuestro honor, á nuestra libertad... No lo olvideis, la llama que vereis brillar, será la señal de que nuestros derechos comienzan, que nuestro triunfo se asegura.

GIUS. Todos juramos el obedecerte. No comprendemos tus palabras enigmáticas, pero tenemos confianza en tí.

MASAN. Todos me comprenderán dentro de algunas horas. Retiraos.

PUEBLO. Viva Masaniello! (Se retira poco á poco de la escena, estrechando las manos de Masaniello. Éste lo mira con atencion. Perrone y Palumbo se acercan al pescador.)

PERRONE. Qué intentas, Masaniello?

MASAN. Salvar á mi pueblo.

PAL. Alguien podrá ayudarte.

MASAN. Qué quieres decir?

PAL. Nada. Yo me entiendo. (Salen.)

ESCENA III.

MASANIELLO.

Ni un solo corazon que no lata con entusiasmo en estos sagrados momentos ante la idea de conquistar la libertad que nos han arrebatado el orgulloso extranjero, el indigno napolitano. Hemos sufrido en silencio largo tiempo, hemos sabido ocultar los suspiros que erraban en nuestros labios, hemos soportado toda clase de miserias; hoy, tiembla, bárbaro opresor, que te has dado el nombre de noble, y que como tal te concedes la mision de sacrificarnos á tu ambicion, á tus placeres; tu crímen va á expiarse; quien va á hacer justicia es el mismo que veias á tus piés; el esclavo rompe sus cade-

nas, se levanta y verá á su turno de rodillas, al que le arrancaba el pan de las manos, contentándose de arrojarle como á mendigos los restos de sus banquetes. Sangre por sangre, injuria por injuria! Nápoles os ha maldecido! Ay de vosotros, nobles!

ESCENA IV.

MASANIELLO, GENNOVINO.

GENNOV. Masaniello!

MASAN Padre!

GENNOV. Acércate, tengo algo que decirte, hijo mio. Me conoces?

MASAN. Nunca os he visto en ninguna parte. Mi existencia se pasa cerca de mis redes; mi sociedad... ya la adivinais; no he podido, ni quiero, encontrarme en los lugares que su paternidad debe visitar con frecuencia.

GENNOV. Escucha, Masaniello: tú eres el elegido del Señor como ántes lo fué Moisés para salvar á los judíos de la servidumbre de Egipto (1). Tienes energía, valor, talento; nada te falta, ni aun la belleza corporal; tu mirada fascina, tu palabra seduce. No hay duda, tu porvenir es grande, tu porvenir es la gloria.

MASAN. ¡Oh Padre mio, ese lenguage me hace estremecer. Soy digno por ventura de que un apóstol del Señor se haya dignado dirigir sus miradas al hombre del pobre arrabal de Lavinaro?

GENNOV. Todos somos iguales ante aquel que nos ha legado la doctrina que predicamos. La superioridad consiste en las virtudes, tal vez en el talento, mas... no perdamos tiempo; Masaniello, tú eres quien debe libertar á los napolitanos de la odiosa tiranía de los feudales. Reune, anima tu gente, salva á tu pueblo, es tu mision y Dios te bendecirá.

MASAN. Padre, permitidme una pregunta: podré saber vuestro

---

(1) Palabras textualmente históricas repetidas á Masaniello.—J. Zeller.

nombre?

GENNOV. Llámame hermano.

MASAN. Es un consejo, una órden más bien la que recibo?

GENNOV. Acaso ambas cosas á la vez. No lo olvides: no duermas. Este pueblo se perdería si tú no le obligas á derribar á los que le oprimen. Mañana se dará á la pereza, á las pasiones, á los vicios todos, alentado por el ejemplo de los podorosos. Hoy sufre, tú sólo puedes devolverle su libertad.

MASAN. Sí, padre mio, muerte á la tiranía. Nunca he vacilado, hoy siento como un fuego que arde en mi seno; es la sed de la libertad, moriría si no la devolviera á los napolitanos.

GENNOV. La nobleza ha despreciado al clero. Dios la castiga. Tendré confianza en tí?

MASAN. No temais nada, padre; la insurreccion no puede abortar, tengo tomadas mis medidas. El pueblo, cansado de los impuestos que lo agravan, pide que los libre de ellos el duque gobernante. Yo lo conseguiré y derribaré tambien el prestigio de los nobles. Pero despues, qué será necesario hacer?

GENNOV. Ya se te dirá. Proclama lo que Napoleon pide. Despues... ya veremos.

ESCENA V.

LOS MISMOS, GENNARO.

GEN. Masaniello, el pueblo se agita más; por todas partes te proclaman capitan general; los españoles se reunen, se arman. Ven, dirígenos ó estamos perdidos.

MASAN. No es tiempo todavía. Vuela, Gennaro, contén los transportes de su entusiasmo, diles que Masaniello vela por ellos, que...

GENNOV. No, no. Vé tú mismo, hijo mio. Tú sólo sabrás dominarlos. Esta noche...

MASAN. Lo sé.

GEN. Vamos. (Salen. Aparecen Perrone y Palumbo.)

ESCENA VI.

GENNOVINO, PERRONE y PALUMBO.

PERRONE Esperamos vuestras órdenes.

GENNOV. Habeis prevenido al duque de Arcos que lo aguardo aquí?

PAL. Él nos sigue.

GENNOV. Está bien, retiraos; mis órdenes son las mismas; hoy habrá una mas. Obedeced á Masaniello más que á mi mismo. Tomad (Les da una bolsa con dinero. Vánse.)

ESCENA VII.

GENNOVINO.

Examina de todos lados.

Masaniello ignora que conozco todos sus proyectos; me sirve más de lo que hubiera podido esperar de él. Ah! duque de Arcos, tú me venciste ayer; los otros nobles inferiores á mi rango, despreciaron tambien al virey de Osuna; y bien, hoy el de Osuna toma los hábitos del monje, y merced á su disfraz, el mismo que ha sabido ganar la confianza del duque hará rodar por el suelo á la vez las cabezas de todos sus enemigos de un solo golpe. Tú sola te salvarás, Olimpia, yo te protejo, el amor que te profesé un dia me perdió, me despojó de mi trono, de mis riquezas, él te salvará esta noche, y... serás mia...

ESCENA VIII.

GENNOVINO, el DUQUE DE ARCOS Es de noche.

DUQUE. La plaza del Mercado... á la izquierda... frente á su residencia. Héme aquí... Un monje!... Él debe ser. Fray Gennovino!

GENNOV. Señor!

DUQUE. Ya ves que vengo á la cita. Qué deseas? Has prometido de revelarme nuevos secretos muy importantes, aparte de los que ya conocemos. Habla pues.

GENNOV. Duque, vos mismo estais convencido del descontento del pueblo, para que tenga necesidad de repetiros..

DUQUE Lo sé, lo sé... Es eso todo?

GENNOV No. Lo que he sorprendido es muy importante; la conspiracion se ha declarado; no hay duda que en breves instantes estallará la revolucion. Habeis tomado vuestras medidas?... Todas?...

DUQUE. Sí, mis tropas están alerta, nada temo, ya sabré castigar á esos imbéciles. Pero por qué no has venido á mi castillo, exponiéndome á ser reconocido á pesar de este disfraz?

GENNOV. Para evitar sospechas, y no podía impedirme de hablaros esta noche. Duque, habeis pensado en vuestra hija? Suponed, todo es posible, que los amotinados triunfan... En Italia todo es posible...

DUQUE. Ah! Bah!... tienes miedo?

GENNOV. Nosotros no tememos nunca la maldad de los hombres, yo sé que el mismo pueblo sabe respetarnos, pero la prudencia nos aconseja la precaucion. Suponed que el pueblo se venga de los que él dice injustamente que le oprimen...

DUQUE. Nada temas. En este mismo momento acabo de encerrar en una prision al duque de Maddaloni y al de Caraffa, los únicos que podían ponerse á la cabeza de los amotinados.

GENNOV. (Ap.) (Ah!...) (Alto.) Y no sospechais de... otro?

DUQUE. Quién quieres que sea? Los únicos que los protegen, envidiándome el poder, eran ellos. Quién otro?...

GENNOV. (Ap.) (No sabe nada.) (Alto.) Pero entre el mismo pueblo no puede haber...

DUQUE. Tus temores me hacen reir... Esos imbéciles...

GENNOV. (Ap.) (No conoce ni el nombre de Masaniello. La fortuna me ayuda.) (Alto.) Tal vez tengais razon, pero mi deber, mi conciencia, me dicen que debo aconsejaros,

suplicaros, el que pongais al abrigo de todo peligro ó de cualquier incidente imprevisto á las personas que os aman, que amais, aquellas que Dios ha colocado bajo vuestra proteccion.

DUQUE. (Reflexionando.) Bien pensado, puedes tener razon, pero son vanos tus temores. Sin embargo, se han visto aquí tantas cosas...

GENNOV. En todo caso nuestra hija Olimpia va á sufrir mucho si estalla la rebelion. No hagais, duque, que ella presencie la embriaguez de un pueblo amotinado. Ademas, ella os servirá de embarazo lo mismo que á vuestras tropas en caso de guerra.

DUQUE. Y á dónde ocultarla? Mis castillos todos son muy conocidos.

GENNOV. Á dónde? Aquí mismo.

DUQUE. Estás loco?

GENNOV. Os he hecho venir á este sitio con el pretexto de revelaros un secreto, para que aprecieis vos mismo la utilidad de mi consejo. Ese edificio que veis allí es mio. Ántes pertenecía á Osuna; mi Órden lo ha comprado. Todo el pueblo sabe que yo lo habito... un monje...

DUQUE. De Osuna! Si uno de nosotros habita el techo de ese traidor, la desgracia nos perseguiría.

GENNOV. Tranquilizaos, señor, nunca ha venido aquí. En ninguna parte podría estar más á salvo nuestra hija Olimpia. Qué quereis, en efecto, que hagan de mí, el predicador del mismo pueblo? Ademas, tened en cuenta el fanatismo de los napolitanos. Nadie se atrevería á violar la casa del sacerdote.

DUQUE. Gracias Gennovino, tu consejo es muy precioso y me propongo seguirlo. Nada se pierde. Ven, acompáñame. Ayúdame á convencer á Olimpia para que pueda abandonar sin mucha pena su palacio por ..

GENNOV. La humilde habitacion de un monje.

DUQUE. La que la librará de los ultrages del populacho.

GENNOV. (Ap.) Olimpia está salvada, y... será mia! (Vánse.)

ESCENA IX.

MASANIELLO, CENNARO.

Vienen del fondo, derecha, primer plano.

MASAN. Al fin... Los momentos son preciosos; una imprudencia puede perdernos. Las tropas del duque tienen aviso de atacar la insurreccion, lo hemos sabido por uno de sus soldados que sirve nuestra causa, pero el clero está á nuestro favor. Dios nos protege.

CEN. La hora ha sonado, Masaniello, tú nos comunicas tu valor, el pueblo te ama, ¿qué no hará por su libertador?

MASAN. Oh! sí, la hora ha llegado, la suprema, la que anuncia nuestra libertad, y tambien nuestra venganza... Tú solo conoces mis secretos, tú eres el único que no ignora que el pescador Masaniello no duerme desde aquella noche fatal en que jurara de castigar á los infames que le quitaran su reposo, y le arrebatáran su única felicidad.

CEN. Á qué recordar esos tristes episodios? Hoy podremos ver que las cabezas de tus verdugos besan nuestros piés esta misma noche.

MASAN. Gennaro, siento como si un peso se descargara del corazon... Deja que hoy reposándome de las fatigas del dia, te hable de ella, de mi Marietta... era tan buena, tan hermosa! Te acuerdas cómo brillaban sus ojos el dia que oyó hablar por la vez primera de nuestros proyectos de libertar al pueblo de su horrible esclavitud? Ah!.. «Masaniello, me decia, cuánto te amo cuando veo que nosotros tenemos más alma, más corazon que esa turba de señores que no conocen por toda elocuencia si no la que cautiva á sus impuras cortesanas!» Su seno se agitaba, sus miradas se fijaban en mí con admiracion, casi con entusiasmo, y juraba de ayudarme, de morir ántes que verse esclava, ella, que había es-

cuchado y comprendido el acento de Masaniello.

GEN. Admirable mujer!

MASAN. Un dia, la infeliz que habia declarado burlarse de las leyes que nos oprimen, por no pagar el impuesto, el más pesado de todos para nosotros, el del pan, esconde entre los pañales de nuestro hijo adorado un pequeño saco de harina; álguien la sorprende; la persiguen, la encarcelan, la abofetean, oh! miserables, y la condenan á una multa de cien ducados. Era mi pérdida. Tú y yo vendimos todo lo que poseíamos. El pescador se privó de sus redes, pero Marietta estaba libre. (Masaniello estrecha las manos de Gennaro.)

GEN. ¡Qué dulce sonrisa aparecia en sus labios en ese tiempo! «Nos han quitado todo, todo, decía, ménos el honor.»

MASAN. El honor! El honor! Ah! Nada basta para contentar los caprichos de esos... nobles. Escucha Gennaro, un secreto, uno sólo, el único que no te he revelado. En estos momentos tu fiel amigo deposita en tí su última confidencia... Mucho ha sorprendido la trágica muerte de Marietta. Vas á saber la causa... Una noche, ay! cuán presente la tengo! me paseaba á lo largo de la calle de Toledo, soñando con lo que puede soñar aquel que ama á su pueblo verdaderamente: en verlo libre y feliz. La noche era oscurísima, yo seguía mi paseo favorito, cuando oí de repente una voz muy conocida que me llamaba; su voz era tan débil que más parecía exhalarse en un gemido. Busco por todas partes... nada! La voz habia cesado. Creí delirar, y sin embargo, la había escuchado distintamente. Casi desesperaba, cuando mis piés tropiezan con un obstáculo; me inclino y toco, siento con mis manos el cuerpo de una mujer. Al retirarlas, ví con espanto que estaban teñidas en sangre completamente... Era la sangre de Marietta!...

GEN. ¡Cielos!

MASAN. La tomé en mis brazos y la conduje á nuestra cabaña...

Con mil esfuerzos, lavando su herida, pude hacerla volver en sí. Sus ojos me miraban con una expresion infinita de ternura; dos lágrimas los velaron. Sus labios se entreabieron, y lentamente pronunció estas palabras que nunca debía olvidar: «Véngame, Masaniello, tu esposa ha sido envilecida y no puede vivir á su deshonra.»

GEN. Qué escucho, Dios mio!

MASAN. Ah! Horrible, no es verdad? Ya comprendes mi desesperacion. Yo, de rodillas, la examinaba atentamente; sus palabras entrecortadas por los sollozos se interrumpieron. «Su nombre, su nombre,» le dije... No me respondió. La desgraciada había cesado de existir... Besándola frenéticamente, acariciándola, mis manos encontraron en su seno un papel. «Que á nadie se culpe de mi muerte,—pude leer en él;—ó más bien sí al que me ha infamado. Sorprendida esta noche, sin poderme defender, he sido deshonrada... Adios Masaniello. Véngame. Era un noble. No sé su nombre.»

GEN. Miserable! maldito sea!

MASAN. Mi felicidad desapareció para siempre. Tú has presenciado mis sufrimientos. Hoy conoces su causa. Ah! Marietta, tú no pronunciaste el nombre del que te deshonró, pero mi puñal lo encontrará esta noche. No quisiera ser ayudado por nadie. Yo solo tengo el derecho de arrancar el corazon á los que me han envenenado la existencia. Mi venganza tiene que cumplirse, si no por mí mismo, por mis hermanos, que eran tambien los tuyos! Ay! de los que deshonran nuestras esposas, nuestro puñal va á arrojaros al infierno! (Óyense pasos.)

GEN Silencio, álguien viene.

MASAN. Ocultémonos.

(Desaparecen por la derecha, quedando ocultos en el ángulo de uno de los edificios.)

ESCENA X.

LOS MISMOS, OLIMPIA, ELEONORA, el DUQUE, GENNOVINO, SOLDADOS ESPAÑOLES, viniendo por la izquierda.

OLIMPIA. Oh! padre y señor mio! tu deseo es que me separe de tí, y debo obedecerte; pero la inquietud va á dominarme. Yo rogaré al cielo porque vuestra existencia tan preciosa sea conservada. No la expongais por esa vil canalla.

MASAN. (Ap) Ella tambien!

GEN. (Ap.) La hija del duque de Arcos en estos sitios!

DUQUE. Dios te protegerá. En cuanto á mí, mi deber es el cuidar del honor de nuestro nombre, de nuestro blason.

MASAN. El monje con ellos! (Bajo á Gennaro.)

GEN No lo conoces! Es el consejero, dicen, del virey.

OLIMPIA. Cúmplase vuestra voluntad, pero no me priveis de vuestras noticias, porque moriría de inquietud. Adios. padre mio muy amado. No olvideis que me habeis dicho: hasta mañana.

DUQUE. Y lo cumpliré. Que Dios sea contigo. Yo voy á apagar ese fátuo fuego del populacho, que parece va á amotinarse. Fray Gennovino será contigo en breves instantes.

MASAN. (Ap.) Cuidado, duque... Ya veremos.

DUQUE. Entra, hija mia; una guardia te acompaña, no temas nada.

GENNOV. Vuestra habitacion os proporcionará todo el confortable necesario. Mirad, da al balcon, y desde allí podreis gozar de la más hermosa vista de Nápoles, de su golfo.

OLIMPIA. Dios os guarde, padre mio.

DUQUE. Él sea contigo.

DUQUE. (Á los soldados.) Cerrad bien las puertas, no os presenteis para nada en la plaza, suceda lo que sucediere, vuestra presencia sería muy funesta á la ilustre per-

sona que protegeis. Vuestras vidas me responden de la de vuestra señora. (Á Eleonora.)

ELEON. Perded cuidado, señor. (Las damas y los soldados entran en el edificio de la izquierda.)

DUQUE. Sígueme, Gennovino, tengo que decirte dos palabras. (Salen pr la izquierda.)

ESCENA XI.

MASANIELLO, GENNARO.

MASAN. Gennaro, ese hombre, el monje, debe traicionarnos. No hace ni una hora estaba aquí, y me prometía su ayuda.

GEN. Estás seguro de que sea el mismo?

MASAN Sí, lo he reconocido. No has notado cómo el duque le hablaba con toda confianza? «Sígueme», le ha dicho á un reverendo! Por fortuna que no conoce mis proyectos, y sobre todo, no sabe cuál será mi señal. (Riendo.) Escucha, Gennaro, tú sólo tienes mi confianza, tu valor es acaso más grande que el mio. Es necesario que te apoderes de él, que lo encierres en alguna parte Nuestra cabaña está á algunos pasos de aquí, condúcelo á ella...

GEN. Faltar al respeto á un predicador!..

MASAN. Nuestra libertad ante todo. Obedéceme, lo has jurado. Necesito que ese hombre desaparezca de aquí.

GEN. Pero...

MASAN. Gennaro!

GEN. Haré lo que me ordenas.

MASAN. Álguien viene, silencio. (Vuelven á la derecha.)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, GENNOVINO.

GENNOV. Mis proyectos se han realizado. El Duque va á entregarse al furor del pueblo... Y yo... Ah! tiemblo al pensar en la felicidad que me espera... Hoy ella! Mañana

la corona. El monje Gennovino se descubre esta noche á Olimpia, la primera, y mañana el virey de Osuna lo será de Nápoles.

(Masaniello y Gennaro que se han acercado á él poco á poco, lo sorprenden, lo sujetan y le ponen una venda. En seguida, Masaniello se arroja al rio.)

GEN. Tú lo has querido, Masaniello, sea, pero mis presentimientos me dicen que el monje causará nuestra desgracia. Sea por nuestro triunfo. (Gennaro desaparece por la derecha llevándose á Gennovino.)

MASAN. (Regresando.) Un instante, y la llama llegará hasta los cielos cubriendo los espacios. La señal es digna de nosotros: el incendio de la flota española! Pueblo, la hora de tu libertad ha sonado. Masaniello te espera. (Queda pensativo mirando el edificio de la izquierda. Despues, como tomando una pronta determinacion.) Ah! (Sube por un ángulo de la casa por donde ántes entraran Olimpia y Eleonara. Masaniello en el balcon.) Sangre por sangre, injuria por injuria. Marietta, estás vengada! (Entra á las habitaciones.)

(Vése el incendio del buque en el fondo de la escena, y escúchase el rumor del pueblo. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon suntuosamente amueblado en el palacio del virey; puertas al fondo y á la izquierda, una ventana á la derecha, mesa-escritorio en el mismo lado, primer plano.

ESCENA PRIMERA.

GENNOVINO.

Oh! fatalidad! Mis planes han abortado esta noche, ese triunfo no es el mio. Si se me acusa de ser el consejero de Arcos, estoy perdido; sobre mí pesará la responsabilidad toda si no me descubro,—y ya es tiempo de hacerlo—si no tomo abiertamente la causa del pueblo... Pero por qué Masaniello ha sospechado de mí? Gennaro no me lo ha dicho... Si al ménos pudiera hablar á Perronne... Es extraño, se me ha conducido al palacio del duque y he visto bien que todas las salidas están guardadas: es decir, que cambio de prision. Un consuelo, una esperanza me queda: la victoria del pueblo. Ah? Olimpia, tu amor me cuesta caro; pero lo he jurado, serás mia...

ESCENA II.

GENNOVINO, MASANIELLO, en traje de capitan.

MASAN. (Desde la puerta del fondo.) Que se cumplan estrictamente todas mis órdenes; ningun movimiento en los soldados hasta que se haya declarado de los futuros destinos de la nacion. Atended al Duque con todas las atenciones que merece el que tal vez sea elegido para gobernarnos con justicia, defendiendo nuestros derechos.

GENNOV. (Ap.) Ah!

MASAN. (Avanzando en la escena.) El monje! Tanto mejor... Si he ordenado á Gennaro de conduciros aquí, era para hablaros más pronto y con franqueza. Ayer me aconsejabais de devolver á Nápoles su libertad perdida.

GENNOV. Era mi deber.

MASAN. Y algunas horas despues álguien os ha visto acompañando al Duque de Arcos, revelándole los proyectos de los conjurados.

GEN. Quien tal ha dicho miente.

MASAN. Padre, no me obligueis á faltaros al respeto. He prometido hacer justicia, y quien se olvide de sus deberes expiará su falta en el patíbulo. No importa la clase ni el rango á que pertenezca.

GENNOV. Nunca hubiera creido que sospecharais así del primero que os predica el cumplimiento de sus deberes. No olvideis que dirigís la palabra al que os ha enseñado los preceptos de Jesucristo... Abreviemos, Masaniello. Juro ante Dios que me escucha, que yo servía tu causa.

MASAN. El pueblo te acusa de ser el confidente que subyugando á su señor y duque lo ha obligado á decretar las leyes que nos afligen. Cuando he hablado de vos, padre, á quien yo no conocía, el pueblo todo os hizo responsable de sus males, él os acusa de haberlo cargado con los fierros que lo encadenaban.

GEN. Ah! Si supieras tú que yo soy el que más ambiciono, el que más he deseado de ver libre á Nápoles de la do-

minacion española... Escucha, hijo mio, vas á conocer mis aspiraciones,—llámalas si quieres el sueño de mi política—y tú el primero al hacerme justicia, tú que deseas la felicidad de tu pueblo vas á ayudarme á salvarlo por el único medio que nos queda, el que yo persigo por él con tanto afan.

MASAN. Hablad, padre, ya os escucho.

GENNOV. La dinastía de los españoles aquí es una vergüenza para los napolitanos.

MASAN. Lo sé, pero es preferible al feudalismo.

GENNOV. Al feudalismo sí; pero ¿cómo no encontrar en nuestra nobleza un héroe á quien darle la corona de Nápoles?

MASAN. Ese héroe no existe desgraciadamente, no lo conozco.

GENNOV. No lo conoces, es verdad, porqne vive oculto, pero existe.

MASAN. Quién es?

GENNOV. Espera. Lo que no podemos es sacudir de un solo golpe el yugo de los españoles. Declararles la guerra es absurdo, es imposible. Hay otro medio: supongamos que el noble de quien te hablo ofrece su mano á la hija del duque de Arcos, así contentamos á éste; ademas nos obligamos á pagar un cierto tributo al rey de España; es todo lo que este pide, y nosotros libres de una odiosa dominacion, podremos ser gobernados por un napolitano.

MASAN Es grandioso ese proyecto, pero ay! dónde encontrar ese noble desconocido? Todos son lo mismo; apenas el pueblo habrá nombrado uno de ellos y todos se precipitarán para disputarle su corona. Tal es el destino de esa raza de ambiciosos, que pasa las mejores horas de la vida encerrándose con sus cortesanas en las fortalezas.

GENNOV. Y si ese hombre da por garantía su título, su nombre, si él vive apartado, lejos de todos esos príncipes que ahogan los sentimientos de virtud en nuestra patria, y hacen ostentacion de sus vicios, de sus pasiones; si ese hombre se uniera á una princesa de sangre española, estarías contento, Masaniello, de verlo ocupar el trono

de Nápoles? Tú serias el primer hombre de su reino, tú habrías salvado á tu pueblo, y tus méritos, tus talentos, lo conducirían á la paz, á la prosperidad. Cesarían esas luchas encarnizadas que tantos hijos nos cuestan; la Italia, siguiendo nuestro ejemplo, recobraría su esplendor antiguo; el extranjero nos temería; seremos libres y no esclavos. Todo depende de tí, el triunfo de esta causa santa está en tus manos. Proclama el príncipe que nos hará grandes.

MASAN. Su nombre, padre, su nombre...

GENNOV. El virey de Osuna!

MASAN. El virey de Osuna! Os atreveis á mentar ese nombre envilecido? Vos, que odias el yugo de los españoles? Cómo, padre, habeis olvidado que ese hombre abría las puertas de la Italia á los franceses, al mismo tiempo que ofrecía su mano á la hija del que el rey de España ha colocado en este trono! Ah! nunca. Padre, el que llama á su patria el extranjero, no sólo es un traidor, es un cobarde!

GENNOV. Masaniello!

MASAN. Basta... os prohibo hablarme del que á Italia ha deshonrado... Vos, Padre, estais libre, el pueblo no necesita de encadenar á un insensato para vencer á sus enemigos. Pero dejadlo tranquilo, podría haceros pagar muy caro el quererle imponer por rey el más traidor de los que aborrece... Podeis retiraros.

GENNOV. (Se inclina. Ap.) (Ah! Guerra á muerte... Al duque de Arcos primero y despues... á tí... (Sale.)

MASAN. (Sonando un timbre. Aparece un soldado.) Suplicad al Duque de pasar aquí. Decidle que lo espera el capitan general.

ESCENA III.

MASANIELLO, el DUQUE DE ARCOS.

MASAN. Señor, la victoria ha quedado en favor nuestro y el pueblo se ocupa ahora en elegir al que lo ha de gobernar.

DUQUE. Me habeis vencido, lo sé muy bien. Estoy pronto á firmar mi abdicacion.

MASAN. Perdonad, ántes que emitais alguna opinion, el que os recuerde los tristes episodios de esta noche. El virey de Nápoles creía ser atacado en el Castel, y sus tropas han sido ántes desarmadas; el pueblo ha tomado por asalto vuestras fortalezas, y despues de una lucha sangrienta se apoderaba de vuestros castillos. El duque de Arcos huyó la cólera del pueblo, pero Masaniello lo perseguía... no es verdad?

DUQUE. Proseguid.

MASAN. Vuestros últimos soldados fueron arrojados por las ventanas, y vos, Duque, quedabais á merced de los napolitanos. No es exacto?

DUQUE. Os habeis propuesto el insultar á un enemigo vencido, desarmado?

MASAN. Nunca lo habría intentado un vencedor que el primero se arroja al enemigo y lo vence frente á frente con lealtad. Perdonadme si mis palabras os ofenden. Mi objeto es otro y vais á comprenderme.

DUQUE. Hablad.

MASAN. En vuestra fuga precipitada olvidabais que el pueblo era dueño de Nápoles, y que eran inevitables las consecuencias del que ébrio de su triunfo ve á sus piés á los mismos que ayer lo abofeteaban. Por fortuna yo soy amado, me respetan, y yo mismo conteniendo mis propios deseos, el ímpetu que me lanzaba el primero á las torres donde los nobles se atrincheraban, yo mismo, imponiendo silencio á la voz que me gritaba venganza para no escuchar sino la que me aconsejaba de salvar á Nápoles, pude contener á los vencedores, y si es cierto que algunos nobles han expiado sus crímenes de ayer, ved hoy que el pueblo está tranquilo y no pide sino lo que es justo.

DUQUE. Y qué desea?

MASAN Esperad, señor, ya concluyo. Mientras tanto, el virey fugitivo iba á refugiarse en el palacio del arzobispo, yo

con la espada os hice prisionero: perdon, y os conduje aquí.

DUQUE. (Con intencion.) No lo olvidaré.

MASAN. Yo dije al pueblo que el virey se declaraba su mejor amigo, y en vez de un prisionero le daba un aliado poderoso. Su primer grito ha sido: Viva el rey de España! Me comprendeis ahora?

DUQUE. No mucho.

MASAN. Di mis órdenes para que las vuestras fueran obedecidas. Pedísteis que se os condujera aquí vuestra noble hija y fué cumplido vuestro deseo. Ya veis que habitais como ántes vuestro palacio.

DUQUE. Es una gracia?

MASAN. Al pronto sí, ahora no. Señor, el pueblo de Nápoles guarda el más grato recuerdo de la sabia proteccion de Cárlos Quinto, y está dispuesto á jurar obediencia al virey de España.

DUQUE. Qué escucho? Es posible!

MASAN. Yo, capitan general, vengo en su nombre á ofreceros su obediencia, mis servicios y mi espada. Un nombre sólo aparece en nuestros labios: el del duque de Arcos.

DUQUE. Es para mí una gloria la de poder conservar á mi rey y señor las tierras conquistadas por sus antepasados. Si el pueblo me honra con su eleccion, yo declaro ante Dios que me escucha de velar por su felicidad.

MASAN. Y bien, señor, probadle que no se ha engañado al esperar de vos su dicha. Abolid los odiosos impuestos que sobre él pesan.

DUQUE. Pero esto es privar al tesoro del rey de España de lo que se le debe pagar como un tributo...

MASAN. Esto era sacrificar injustamente tantos hombres en provecho del que no tiene necesidad de ellos. Ademas no comprometemos á pagar lo que estimeis con justicia en favor del trono de vuestro señor.

DUQUE. Sea; y como mi deseo es de ver que renace la paz y la tranquilidad... (Va á la mesa y escribe.) Leed. (Masaniello toma el papel que le presenta el Duque.)

MASAN. La abolicion de los impuestos! (Va á la ventana.) Pueblo soberano: el duque de Arcos, virey de Nápoles, ha firmado el decreto de la abolicion de los impuestos. La opresion ha cesado; que los nobles tiemblen al ver que nuestras leyes son protegidas por el rey de España. Viva el duque de Arcos!

VOCES. (Al exterior.) Viva Masaniello!

MASAN. (Vuelve hácia el Duque, besándole la mano.) Dios os premiará; la mision de los gobernantes es de velar por la felicidad de su pueblo. Su lema debe ser: hacer respetar las leyes, mantener la legitimidad de sus principios y velar por su libertad. (Sale.)

ESCENA IV.

EL DUQUE.

Viva Masaniello! Oh!.. Y él, un hombre vulgar, imponer sus condiciones al representante del gran rey... No, esto no durará, yo sabré ahogar esos gritos de triunfo. Tú eres el que debe temblar, Masaniello; tu fin llega si Arcos es proclamado virey... Si la flota española hubiera venido á tiempo... Esos mismos navíos incendiados anoche habrían entusiasmado nuestras nuevas tropas. Pero Alceste no debe tardar. Tal vez esté ya de regreso á estas horas. Ay de tí, Masaniello.

ESCENA V.

EL DUQUE, OLIMPIA.

Olimpia, avanzando lentamente á la escena, se dirige á la ventana.

DUQUE. (Ap.) (Es extraño. Qué significa ese aire reflexivo? Cuánto han cambiado su semblante! El viento de la fatalidad ha llegado tambien hasta ella para borrar en un dia la rosa de sus mejillas, el carmin de sus labios?

OLIMPIA. (En la ventana.) Cuán hermoso cielo el de Nápoles! Quién dijera que tú debías abrigar en tu seno el mejor sol, el

que fecunda, para iluminar esta raza de bárbaros, que no retrocede ni ante el crímen... Oh! los sueños de mi infancia! Yo creía que aquí sólo el amor tenía vida, que el hombre no se inspiraba sino por el canto de una mujer, que la mujer hacía vibrar las cuerdas de una lira haciéndola hablar con un lenguaje nuevo, enérgico y expresivo, en vez de divertirse en afilar el puñal que clava sin piedad en el corazon de los vencidos... Nápoles, cuando supe que yo venía tambien á gozar del espléndido panorama que desarroyas á la vista de los extranjeros, yo tambien, pobre mujer, me estremecí en mis sueños: voy á amar, me dije, y en vez de una nueva vida, he venido á encontrar la muerte más atroz, la de nuestra honra...

DUQUE. (Acercándose á ella.) Olimpia!

OLIMPIA. En lugar de las coronas que el amante teje para adornar la frente de su prometida, el crímen me ha preparado el más horrible suplicio: el de vivir para llorar mi afrenta...

DUQUE. Olimpia, hija mia!...

OLIMPIA. Ah! sois vos, padre mio?... No os había visto.

DUQUE. Tal es tu distraccion. Por qué esos suspiros, qué los motivan? Qué meditas? Tal vez algun sueño... insensato... como lo son todos los sueños...

OLIMPIA. (Ap.) (Ó la más espantosa realidad.)

DUQUE. Temes que nuestro destino encuentre aquí el triste fin de aquel que se ve perseguido por la multitud porque lo envidia?

OLIMPIA. Tal vez!

DUQUE. No, hija mia, nuestro poder está asegurado, nuestra vida no se verá nunca á la merced de esa multitud tan bárbara como estúpida. Y nuestro honor á cubierto, el virey no espera de su señor, el poderoso monarca de Castilla, sino la mejor de las recompensas. Nada temas, hija querida; tú eres mi felicidad, tú has sido mi orgullo; hoy, tú misma me inspiras el valor necesario para luchar, no con la vana inseguridad de un triunfo con-

tra el pueblo amotinado, sino con la experiencia que las lecciones del pasado me han dado ya. Esperanza, fe, y nuestro honor está salvado.

OLIMPIA. Estais seguro?

DUQUE. La flota española que vendrá á nuestro socorro debe estar ya muy cerca de esta tierra, donde habitan el odio, las venganzas y la traicion. Alceste...

OLIMPIA. Y cuando un dia os veais de nuevo el poderoso virey de Nápoles, creeis por eso haber conquistado nuestra felicidad? Ah! No, padre mio, la dicha no consiste en ocupar un trono ni en ceñirse una corona. Cuando se comprende cuán azarosa es la existencia, cuando nos convencemos á lo que nos expone una cólera, justa ó injusta, de los que nos odian, vemos con desprecio y las galas con que nos adornamos nosotros los descendientes de reyes, y las preciosas joyas que realzan nuestra hermosura... La felicidad, la única que el mortal puede conseguir, consiste en tener el corazon libre, en no sentirlo dominado por ninguna pasion, en gozar de esa tranquilidad de espíritu que el sublime Mártir de nuestra religion nos enseña á conservar... Ah! vais á decir que deliro, que... No, padre mio, es que sufro, es que una pena me ahoga y envenena mi existencia, es que un fuego circula por mis venas, y que sólo un grito resuena á mis oidos: venganza... Es... que sufro, y ay! no puedo vengarme.

DUQUE. Olimpia, no en vano te llamas la heredera del duque de Arcos. Tú tambien, no es verdad? Tú tambien aborreces esa turba de insolentes que se llama el pueblo.

OLIMPIA. Qué me importa el pueblo, ni vuestras querellas, que no comprendo?... Sufro porque mi corazon ya no puede amar, y soy mujer; las lágrimas han puesto un velo que separa el cielo de mis miradas; mis labios no pueden sonreir, porque una maldicion errante entre ellos hace desaparecer todo lo que no sea esa horrible exclamacion que pronunciamos, cuando sentimos que odiamos, cuando un veneno nos da la fiebre, cuando nues-

tras palabras no son comprendidas, cuando nos creen delirantes, ay! Cuando no podemos ni decir lo que nos tortura... Exclamacion terrible, y que vos tambien, señor, por otra causa debeis haber pronunciado: Maldito, maldito sea!...

DUQUE. Olimpia! Explícate, tus palabras me hacen temblar.

OLIMPIA. Perdon, señor... pero no puedo explicarme. Padre, si un hombre mancillára vuestro honor, si un hombre insultára á vuestra hija, si un hombre despedazára el corazon de vuestra Olimpia, que tanto amais, qué harías, señor, qué harías de él?

DUQUE. Oh! no tendría piedad, lo mataría.

OLIMPIA. Eso es poco, señor, vos le dais la muerte en un instante, cuando él me ha hecho sufrir una lenta agonía?...

DUQUE. Qué quieres decir?

OLIMPIA. Nada, señor. Pero no lo olvideis, mañana os señalaré un infame...

DUQUE. Su nombre, su nombre.

OLIMPIA. Ah! no le conozco; pero yo le encontraré y os pediré justicia. Sí, yo lo encontraré aunque tenga que recorrer todo el mundo, aunque abandone... todo... El que nos deshonra, señor, tiene que pagarnos nuestra humillacion con su vida, ó tambien con su honra.

DUQUE. Olimpia, tus palabras me hacen estremecer. Qué has dicho?... Cielos... No, imposible. En nombre de Dios, hija mia, revélame la causa de tus sufrimientos.

OLIMPIA. Algun dia.

DUQUE. No, ahora. (Cerrándole la mano fuertemente.)

OLIMPIA. Vos tambien, señor!...

DUQUE. Qué has dicho, insensata!... Tú!... Oh! dí que he comprendido mal, que me has comunicado tu delirio... Su nombre, señora, su nombre.

VARIAS VOCES. (Al exterior.) Viva el duque de Arcos!

OLIMPIA. Escuchad, señor, el pueblo afirma vuestra corona en la misma frente donde la colocára el heredero de Cárlos quinto. Virey de Nápoles, vos me hareis justicia. Si mañana os *señalo* al hombre que os ha ofendido, os ven-

garíais, señor, y lavaríais la mancha que ha empañado vuestro blason y cubierto de lodo á vuestra hija inocente.

DUQUE. Su nombre, su nombre, y por Dios os juro... (Gritos al exterior. Vivas repetidos.)

OLIMPIA. El pueblo os llama.

DUQUE. Ah! Nápoles, nobles, pueblo, malditos seais.

VOZ. (Al exterior.) Viva el virey! Muera el feudalismo!

OLIMPIA. Id á saludarlo, señor, él os aclama.

DUQUE. Imposible...

OLIMPIA. No olvideis que el virey debe guardar su corona para vengar á su hija.

DUQUE. Es verdad. (Va á la ventana.) Vasallos de mi poderoso señor —el rey de Castilla,—Masaniello ha conquistado vuestros derechos. He levantado los impuestos, y juro de velar por el respeto de vuestras leyes, castigando al que se atreva á despreciarlas. Viva Nápoles, viva su libertador, Masaniello! (Aclamaciones entusiastas.)

OLIMPIA. (En la ventana.) Quién es aquel hombre cuya mirada de águila hace bajar los párpados de los que la fijan? Qué hermosura en su semblante! Qué contraste tan arrogante entre su bella cabellera rubia que se descompone en grandes bucles, cubriéndolo así como un manto de oro hasta sus robustos hombros, y esos ojos negros, negrísimos, que como el azabache resaltan así tanto sobre su hermosa tez de marfil?

DUQUE. Ese hombre, Olimpia, míralo bien, aprende á odiarlo, desprécialo; ese hombre es el enemigo de tu raza, Masaniello.

OLIMPIA. (Volviendo á la escena.) Ah! Ya no me extraña que él haya dominado así su nacion, y que haya seducido á los que han visto, aunque no haya sido sino una sola vez, el extraño fuego de su mirada.

ESCENA VI.

OLIMPIA, EL DUQUE, MASANIELLO, GENNARO, GENNOVINO, hombres del pueblo, soldados.

GEN. Duque y señor, Nápoles acaba de reconquistar las leyes que legara el gran Cárlos quinto. Nápoles se enorgullece hoy más que nunca de saber que lo gobierna el representante de los monarcas españoles. Nosotros todos venimos á declarar obediencia y sumision á nuestro amado virey. Duque de Arcos, un hombre nos ha salvado, y el pueblo pide que le ciñais con la banda de gran capitan que sus altos hechos han sabido merecer.

DUQUE. (Ap.) (Yo! Una nueva humillacion!)

GENNOV. (Acercándose á él. Al oido.) No negueis nada, señor. Paciencia, nuestro dia llegará.

MASAN. El hombre que su pueblo ha elegido por capitan, espera que le honreis, señor, confirmándole su título.

OLIMPIA. (Ap.) (Cielos! Esa voz!..)

DUQUE. Masaniello, yo, en nombre del rey de España, te doy el título de gran capitan de nuestro reino.

MASAN. Y delante del pueblo que me escucha, juro de hacerme digno de su eleccion. (Desnuda su espada.) La espada de Masaniello que os ha defendido contra vuestros opresores, castigando á los que violaban nuestros más sagrados derechos, está pronta á vengaros del que mañana atente con vuestra libertad.

OLIMPIA. (Ap.) (Él!... oh! castigo espantoso, oh! vergüenza!...)

MASAN. Pueblo, el que defiende su libertad es un héroe. Qué importa que perezca un dia en la lucha? el héroe será mártir. Que nuestros hijos sepan que hemos conquistado al precio de nuestra sangre la paz que les legamos.

DUQUE. (Ap. Con ironía.) (La paz! En Nápoles!...)

MASAN. Honor á aquellos que sirven una causa santa.

OLIMPIA. (Ap.) (Una víctima les es necesaria para su triunfo.)

TODOS. (Desnudando las espadas.) (Viva Masaniello!)

GENNOV. (Al Duque al oido.) No perdais el ánimo, señor. Señalad á Olimpia; que ella sea quien ponga la banda al capitan. Vuestro honor está á salvo y habreis satisfecho la loca ambicion de esos imbéciles.

DUQUE. (Ap.) (Qué idea!)

MASAN. Hay palabras que no sabrán repetirse á menudo. Aquí, en el palacio de los reyes, yo hombre del pueblo, mi triunfo es el poder decir en medio de vosotros: vivan los pueblos libres, mueran los tiranos!

DUQUE. (Ap.) (Oh! Alceste, cuánto tardas! Concluyamos...) (Alto.) Olimpia, Masaniello ha merecido el título que le conferimos, él ha jurado de hacer respetar nuestras leyes. Á vos toca, hija mia, de premiar al héroe entregándole de vuestras manos la banda de gran capitan.

OLIMPIA. (Ap.) (Yo!)

MASAN. (Ap.) (Ella!)

DUQUE. (Acercándose á Olimpia; en voz baja.) (Es la salud del trono. Sufrid esta humillacion... Mañana... mañana... ya veremos.)

OLIMPIA. (Ap.) (Ah! si él supiera... Valor.) (Alto.) Estoy pronta á obedecer.

GENNOV. (Ap.) (Duque, tu reino ha concluido. Tú mismo armas á tus enemigos.) (Gennaro avanza y da la banda á Olimpia. Masaniello hinca una rodilla; todos levantan las espadas.)

OLIMPIA. (Ap.) (Maldito seas, héroe del pueblo, verdugo de mi honra.) (Pone la banda á Masaniello.)

MASAN. (Besándole la mano.) Cuán hermosa sois! (Se levanta.)

GEN. Viva Masaniello!

TODOS. Viva Masaniello!

GENNOV. (Ap.) (Mañana direis tambien al monje Gennovino; viva el de Osuna!)

MASAN. (Ap.) (Infeliz! La conciencia me acusa señalándome esa víctima inocente. Mi frente palidece cuando veo á esa mujer... Cielos! Será esto el remordimiento?...)

OLIMPIA. (Ap.) Yo me vengaré! (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el anterior.

ESCENA PRIMERA.

OLIMPIA.

Qué noche tan espantosa! cuántas visiones se presentan á mi imaginacion!... Ese hombre me ha perdido. Él me ha quitado el reposo, y envenenado mi existencia haciendo nacer en mi corazon una pasion horrible. Su vida me pertenece, yo sola, yo seré quien le dé á conocer su crímen, quien dé á conocer al mundo que no en vano corre por mis venas la sangre española... Masaniello, desde el momento en que te he reconocido, autor de mi deshonra, tu muerte ha sido decretada... Oh! quisiera verte á mis piés... Ahogarte entre mis manos... Quisiera lanzarte á un infierno en el que sufrieras los más atroces tormentos, en el que yo pudiera verte para insultar tu eterna agonía... Un nuevo infierno para tí, Masaniello. Qué importa que yo me precipite en él tambien... Allí sola seré feliz, porque sabré que tú, hombre sin corazon, sufres mil muertes. Yo reiré al escuchar tus quejas, yo... Y sin embargo, tú no

sufrirás lo que yo sufro; tu castigo no valdrá mis tormentos... Para la mujer que se respeta, nada es más triste, más horrible, que el saberse ay! sin honor...

ESCENA II.

OLIMPIA, ALCESTE.

OLIMPIA. Alceste!

ALCESTE. Sí, noble señora, vuestro pobre servidor que adivina que sufrís y no tiene otro deseo sino el de veros contenta, feliz. Qué huracan ha maltratado la más bella rosa, que así ha sacudido el carmin de sus pétalos? Por qué la sultana de las flores se marchita? Qué ha pasado aquí, señora, que os abandono tan dichosa un dia y hoy os encuentro afligida? Vuestros ojos han perdido ese fuego que nos deslumbraba; vuestros labios no sonrien. Por qué, señora? Olimpia, Olimpia... Ah! perdonad. Os he dicho tantas veces lo que guarda para vos mi corazon... Perdonadme si no puedo ocultar mis sentimientos. Mandad, señora, á vuestro esclavo. Oh! si él pudiera daros su vida para veros como ántes risueña, admirada de todos por vuestras gracias... Permitidme aún de repetiros que...

OLIMPIA. Y esos hombres?

ALCESTE. No deben tardar en venir; contad con ellos; les he impuesto de lo que se les exige, es decir, al que he hablado. He obtenido todo lo que queríais; os servirán fielmente. Más felices que yo, ellos, bandidos, tal vez obtendrán una mirada de reconocimiento de esos hermosos ojos que me han cautivado.

OLIMPIA. Les habeis dicho lo que os ordené?

ALCESTE. Sí; pero permitidme una pregunta: la flota española llega esta noche, nuestro triunfo es seguro; por qué temeis un suceso? Sólo así me explico el que hagais seguir á Masaniello. Qué os proponeis?

OLIMPIA. Saber adonde va, saber lo que hace, lo que intenta.

ALCESTE. Y qué, señora, no es á nosotros, á vuestras tropas á

quienes toca...

OLIMPIA. Dejadme obrar; ya comprendereis mis planes algun dia. Pero... no perdamos tiempo. Las tropas del rey llegan aquí esta noche misma?

ALCESTE. Sí.

OLIMPIA. Estais seguro del triunfo?

ALCESTE. Nuestras fuerzas son superiores á las del pueblo. Ademas ya no se trata de nuestra vida sino de nuestra causa, del honor.

OLIMPIA. Vos me amais, decís: ese amor es sincero, profundo?

ALCESTE. Y me lo preguntais? Por qué os he seguido desde Sevilla? Por qué no vivo sino pensando en vos? Por qué encuentro vuestra imágen en todas partes? Ah! si supiérais lo que sufro al verme obligado á callar los latidos de mi corazon... Nadie debía saber que yo os amaba, y nadie lo ha sabido. Por vos, por ese amor que me tortura y que es mi sueño, mi esperanza, he debido sufrir toda clase de humillaciones. Hoy mismo, al entrar en Nápoles, ignorante de lo que ha pasado, ah! si supiérais... Me preguntais si os amo!... Olimpia, vos sois mi única ilusion; si vivo es por vos; vos componeis el poema de mi existencia; triste es verdad; pero el amor no ama el martirio? Sufrir por otro es la felicidad del que adora. Yo os amo, Olimpia, yo os amo.

OLIMPIA. Os creo; tengo fe en vos. Alceste, tengo un capricho; quiero que el hombre que me llame su esposa se haga ilustre por alguna hazaña. Vos sabeis el odio que profeso á los que han insultado á vuestro virey; si me amais, si quereis que os ame...

ALCESTE. Oh! repetidme esas palabras. Por la primera vez soy feliz. Hablad, señora, hablad.

OLIMPIA. Si quereis que os ame, y bien, haced porque los españoles triunfen esta noche.

ALCESTE. La victoria será nuestra ó Alceste no volverá á deciros lo que os repite aun acaso por la última vez: Olimpia, yo os adoro. Nuestro será el triunfo ó sucumbiré en la lucha. Feliz si muero, señora, porque muero por la

mujer que amo.

OLIMPIA. Y yo á mi vez os juro de ser vuestra si conquistais con el triunfo la mano de la que habeis llamado vuestra reina.

ALCESTE. (Besándole la mano.) Oh! Yo venceré!

OLIMPIA. Nunca he dudado de vuestro valor y nobleza, conde. Una palabra aún: ese héroe popular, Masaniello, debe ser vuestro prisionero... no lo olvideis... La vida de ese hombre y vuestra victoria deciden de nuestro amor.

ALCESTE. Sereis obedecida, señora. Masaniello no puede escaparse. Ahora comprendo vuestros proyectos, y haceis bien en ordenar que sea seguido. Los hombres de Fray Gennovino me eran conocidos desde hace ya algun tiempo, y ellos serán vuestros esclavos. Nadie más á propósito que ellos para conseguir nuestro objeto; cuando he conocido vuestros planes os he propuesto esos bandidos y no os arrepentireis... Oh! sois digna de heredar la corona del noble Duque. Vos, señora, sabeis servir nuestra causa... Nuestra victoria es segura, y yo sé que voy á recoger el mejor laurel. Ah! Olimpia, vuestro amor ó la muerte.

OLIMPIA. Venid, conde; tengo aún que comunicaros otros proyectos. (Salen por la izquierda.)

ESCENA III.

PERRONE, PALUMBO.

PERRONE. Es extraño lo que pasa en la ciudad: los nobles besando los piés á las gentes del pueblo. Ah! Bah! Más vale ser bandido.

PAL. Masaniello debe haber perdido el juicio. Qué bizarras ideas las que le vienen. Al encontrarse en su paseo con Alceste, que apenas regresaba á Nápoles, lo ha obligado á... lo he visto.

PERRONE. Estás seguro?

PAL. Corpo di Christo, más de mil personas se hallaban allí. Esto ya no es un misterio.

PERRONE. Yo estaba ausente; cuéntame eso.

PAL. Alceste viene orgulloso como siempre, montado en un soberbio caballo por la plaza del Mercato; en sentido contrario llega Masaniello y pasa tan junto de aquel, que casi le hace perder los estribos al secretario del virey. «Eh!»—dice éste á uno de sus lacayos:—«quién es ese.»—«Ese,—le responden,—es el gran capitan.» Masaniello los oye y ordena á Alceste de descender inmediatamente del caballo, y de besarle los piés en satisfaccion de su irónico desprecio. Alceste se echa á reir, pero el pueblo no rie, no, y lo insulta á grandes gritos. Uno de los que siguen al capitan, Gennaro, toma las riendas del caballo que montaba Alceste, y desnudando la espada, invita á éste de cumplir con la órden de Masaniello. El pueblo grita, yo aplaudo, y Palumbo tambien, echando mano á la espada, hace huir á los lacayos del virey. Alceste, lo mejor que podía hacer era obedecer y...

PERRONE. Já, já, já! Ya adivinaba: y descendió de su montura, y español como es, y noble como lo pretende, tuvo que besar las espuelas del capitan, el pie del pescador.

PAL. Justo.

PERRONE. Pero dejemos esto; vamos á lo importante. Te he dicho que hemos sido llamados aquí por el monje, su santidad de Osuna.

PAL. No te burles de los monjes.

PERRONE. No lo acostumbro, per Bacco!...

PAL. Entónces...

PERRONE. Me burlo del virey de Osuna.

PAL. Es nuestro deber; nos paga mal.

PERRONE. Continúo: decía que hemos sido llamados á este palacio, que se nos dió una carta de entrada y... hénos aquí. Pero no comienzas á encontrar que ese maldito monje es muy intrigante?

PAL. Respeta á Fray Gennovino.

PERRONE. Hablo del virey.

PAL. Eso es otra cosa; no recompensa nuestros servicios

como lo merecen dos honrados bandidos que lo conocieron ántes que se volviera monje.

PERRONE. Cuando era virey nos pagaba bien. Oh tiempos!.... Concluyo: decía que á merced de una carta-pasaporte hemos llegado hasta estos sitios. Como nos encontramos solos, empleo mi tiempo en ponerte al corriente de lo que pasa. El deber es, de gentes que cumplen con su deber...

PAL. Como nosotros.

PERRONE. Palumbo, no encuentras que nuestros servicios no nos son suficientemente recompensados?

PAL. Eso mismo me quema el cerebro desde hace tiempo, fe de Palumbo. Estrecha esa mano, Perrone, amigo... Es decir, que comprendes que si en vez de un monje, tuviéramos á Masaniello, por ejemplo...

PERRONE. No precisamente, pero otro cualquiera, con tal de que sepa estimar lo que valemos, como dice el célebre Artega... (1)

PAL. Ese ridículo pedante, que conoce todos los idiomas ménos el suyo? Además no se llama Artega sino Ortiga.

PERRONE. Un maestro de retórica, de literatura!

PAL. Se hace llamar, así como... como el virey de Osuna fray Gennovino.

PERRONE. No me interrumpas, Palumbo. Decía que ayer fuí á ilustrarme con los consejos de un sabio. «Perrone, me dijo, no temas faltar á tus deberes. Sirve al que te retribuya tu trabajo en lo que tú mismo lo estimes. Véndete al que te pague.»

PAL. Es decir, al que te compre.

PERRONE. Precisamente. Él me ha dado ánimo, porque vacilaba; él me ha dicho que puedo servir á uno, á dos, y á más; la literatura me absuelve. Así, pues, Palumbo, acepté

---

(1) Una multitud de ignorantes corrompía al pueblo que los llamaba maestros por los discursos que le tenía.

lo que proponian. Palumbo, tenemos un nuevo señor, y lo que es mejor, un señor hembra!

PAL. Te has vuelto loco?

PERRONE. No, son cosas que he aprendido de retórica. Escucha: he vendido nuestras espadas á una causa más santa, y que sigue el mismo principio. No es monje, pero el resultado es el mismo. Ya te he dicho que es mejor que un monje, es una mujer.

PAL. Perrone amigo, me das miedo. Hablar así? Por ventura en Nápoles los hombres se han vuelto todos locos?

PERRONE. Qué quieres, desde que sigo la carrera de la política... Continúo; he vendido mi espada á una *gran* señora.

PAL. Ah! já, já, já... á una *gran* señora... ya comprendo.

PERRONE. No te burles, se trata de una princesa.

PAL. Eh? Es serio?... Habla, habla...

PERRONE. Es un hecho; hoy tenemos dos, un monje y una princesa. Si las causas se oponen... el que pague más...

PAL. Prefiero guardar los dos. El nombre de...

PERRONE. Voy á satisfacer tu curiosidad: anoche un hombre embozado hasta los ojos...

PAL. Un bandido?...

PERRONE. No, calla, un hombre embozado hasta los ojos, se presenta de repente á mi real morada. Me arroja una bolsa llena de dinero, la tomo, me habla, me ofrece un mundo, qué sé yo, y no exige sino una cosa muy sencilla; seguir á un hombre, dar cuenta de lo que hace, de lo que dice...

PAL. Y alguna vez de lo que piensa... Y esta nueve liebre en pos de la...

PERRONE. Como es el mismo que seguimos por cuenta del monje, acepto.

PAL. Masaniello!

PERRONE. Justo.

PAL. Raro es todo esto, fe de Palumbo! Un hombre á quien todos siguen como si fuera una hembra y á quien nadie...

PERRONE. Concluyo el tratado, se me da una cita y una carta de

entrada á este palacio; se me ofrece mucho, vengo, venimos, te digo que el monje nos llama y aquí te desengaño. Reasumo: quien nos llama es la princesa... Ella ha sabido que nosotros somos dos servidores fieles, honrados y nos toma á su servicio. No es, pues, Gennovino quien nos hace entrar aquí, sino ella, mi princesa. Vamos! estás al tanto?...

PAL. Mi más dorado ensueño! Servir á una mujer y á una mujer princesa!... Ah! Oh! Al darnos sus órdenes, nos dará tambien á besar su mano... Perrone, Perrone, has hecho bien de escuchar los consejos del ilustre Ortiga! Perrone, Ortiga te ha hecho un grande hombre... Tú serás un genio.

PERRONE. Silencio, oigo pasos... (Olimpia entra.) Es ella! Atencion, Palumbo, mucha atencion y compostura.

ESCENA IV.

OLIMPIA, PERRONE, PALUMBO.

OLIMPIA. Sois vosotros los que espero? Perrone, Palumbo?

PERRONE. Sí, noble señora.

PAL. Mandad á vuestros esclavos.

OLIMPIA. Ya sabeis cuál será vuestra mision. Lo único que se os exige es que deis cuenta de las acciones, de los pasos que sigue el capitan general.

PAL. Decid el pescador Masaniello.

PERRONE. Nos es tanto más fácil el cumplir con nuestro deber, cuanto que el capitan nos es muy conocido. Lo seguimos desde hace tiempo...

OLIMPIA. Cómo!

PAL. Nosotros podremos decir lo que era; dar cuenta de los lugares que frecuentaba; estábamos al tanto de sus proyectos...

OLIMPIA. Ah! lo seguíais?

PERRONE. Ya lo adivinabais.

OLIMPIA. No ignoraba que servíais al padre Gennovino, pero nunca supe que os ocupabais de Masaniello. Teneis por

ventura otro señor...

PAL. No... el mismo reverendo...

OLIMPIA. Cómo! Él se interesaba acaso en los actos del pescador

PAL. Tanto como hoy vuestra...

PERRONE. Es decir, fray Gennovino quería estar al tanto de lo que tramaba el favorito de los napolitanos. Tal vez en favor de vuestra causa.

PAL. Y nosotros los primeros conocíamos las conspiraciones. Como no atacaban á nuestro muy amado virey...

OLIMPIA. Ah! Fray Gennovino no ignoraba los proyectos del pueblo?

PAL. Por la Vírgen, que no! Él los conocía. Noche y dia seguíamos al pescador.

PERRONE. Escuchábamos sus discursos...

OLIMPIA. (Ap.) (Fray Gennovino sabía lo que pasaba!... Y nada ha dicho?...)

PAL. Parece que sus fines tenían sólo por objeto, lo que llamamos nosotros los hombres de armas, ver el golpe...

PERRONE. Para pararlo á tiempo.

OLIMPIA. No me oculteis nada, decidme todo lo que sepais y no os pesará... (Les da una bolsa.)

PERRONE. (Ap.) (Corpo di!... Llena de dinero.) (Alto.) Señora reina, nada ocultamos á personas tan magnánimas, tan...

PAL. Ademas, es nuestro deber, pues tengo entendido que entramos en el número de vuestros esclavos...

OLIMPIA. Escuchadme bien: estais en el palacio del virey, y si no decís la verdad, una sola palabra mia, una señal, y... el duque hará justicia...

PAL. Pero si nada hemos ocultado, señora. Mi compañero ha dicho la verdad. (Ap.) (Imbécil!)

PERRONE. Mas... Por qué vuestro enojo... Qué he hecho, qué he dicho? Que seguíamos á Masaniello? Vos misma nos lo ordenais.

OLIMPIA. (Ap.) (Oh! Aquí hay un misterio... Yo lo conoceré.) (Alto.) Perrone, con qué fin Fray Gennovino seguía lo pasos del pescador?

PERRONE. No lo sé, señora. Juro...

OLIMPIA. Bah! decididamente quereis que se os haga mal. Yo prefiero el que me agradezcais mis recompensas. (Da una bolsa á Palumbo.)

PAL. (Ap.) (Si él no lo dice, yo... mi fortuna está hecha.) (Alto.) Fe de Perrone, señora; él ha dicho lo único que... yo podría añadir...

PERRONE. (Ap.) (Oh! ya conozco ese juego.) (Alto.) El fin con que él lo seguía me es desconocido, pero hay un secreto...

OLIMPIA. Cuál es?

PERRONE. Señora, puesto que vos sois tan buena con las gentes honradas... y bien... (Ap.) (Oh! ya no me contengo más... peor para él...) (Alto.) Y bien, sabed que... (Ap.) (¿Cómo diré?) (Alto.) y bien, el monje no es un monje.

OLIMPIA. Cielos!

PERRONE. Guardadme secreto, señora.

OLIMPIA. Hablad, hablad.

PAL. ¿Pero no habeis sospechado que el reverendo Padre que se ha introducido aquí tiene siempre cubierto el rostro con un eterno capuchon, apenas si se le ve la barba, que su modo de hablar no es el mismo que el de los carmelitas, que...

OLIMPIA. Basta. Él tambien? Oh! esto es espantoso; la traicion está en todas partes. Pero quién es entónces ese hombre, quién es? Decidlo.

PERRONE. Ah! es un alto, muy alto personaje.

OLIMPIA. (Con impaciencia.) Concluid.

PERRONE. Es todo un virey!

OLIMPIA. Un virey!

PAL. El virey de Osuna.

OLIMPIA. Oh! maldicion! Y él ha protegido á Masaniello, no es verdad?

PERRONE. Sí, señora.

OLIMPIA. (Ap.) (Ah! ya comprendo todo; ahora sé por qué me abrigaba bajo su techo hospitalario. Ah! miserable, miserable! Si Masaniello es el autor de mi deshonra, él es su cómplice.

PAL. Meditais?

OLIMPIA. No. Escuchadme bien: estais dispuestos á servirme?

PERRONE. Lo juramos, tened, por nuestra espada! Nuestro mejor juramento.

PAL. El que cumplimos siempre.

OLIMPIA. Vuestra fortuna está hecha. Yo os daré todo lo que querais. Prestadme bien atencion: ya no seguireis á Masaniello. Necesito saber lo que hace el virey de Osuna; seguidle, no le perdais de vista ni un solo instante; todas sus palabras me deben ser repetidas; ninguno de sus actos ha de escaparse á vuestra vista; necesito conocer todos sus proyectos, todos; veladlo, si es posible, aun en su sueño.

PERRONE. Podeis contar con nosotros.

PAL. En cuerpo y alma.

OLIMPIA. Hablad le, tratad de conocer sus secretos; ese hombre los tiene, y dad cuenta á vuestra señora, que os protege de todo lo que descubrais. Nunca os arrepentireis...

PERRONE. Perded cuidado, señora; yo me encargo de cumplir con lo que exigís de nosotros. Si el virey de Osuna trama algun complot, yo lo descubriré...

OLIMPIA. Cuando tengais algo importante que revelarme, llamadme, venid aquí, dadme una cita, no importa dónde, yo iré. Debo retirarme, ya es tiempo; adios. No olvideis lo que se exige á vuestro celo. Tomad. (Les da su collar.) El duque de Arcos os protege. Velad por él y obedecedme.

PERRONE. De hoy en adelante podeis contar con nosotros.

PAL. Sereis obedecida. Nuestra reina sabrá lo que premedita el monje Gennovino.

OLIMPIA. Así lo espero, y... yo me encargo de vuestra fortuna. No lo olvideis. Adios. (Sale.)

ERRONE. Oh! el rico collar de perlas!

AL. Por sí solo vale más que todo lo que nos ha dado...

ERRONE. (Apercibiendo á Gennovino que entra.) El monje! (Oculta el collar.)

ENNOV. Sí, tengo que hablaros.

ESCENA IV.

GENNOVINO, PERRONE, PALUMBO.

PERRONE. Estamos como siempre á vuestras órdenes, reverendo padre. Masaniello...

GENNOV. Ah! Él no me ocupa por el instante. Ya veremos después... Hoy se trata de algo más serio, más importante... Vosotros me inspirais toda confianza, vosotros sabeis bien que yo solo soy capaz de pagar bien vuestros servicios.

PAL. Justamente era lo que decía á Perrone.

GENNOV. Ante todo, qué haceis aquí?

PAL. Venía á... veníamos...

PERRONE. El sabio Artega me dió el consejo de buscaros para.. comunicar á... confiar... para revelaros...

GENNOV. Artega! Á quien pagaba para que con sus discursos obligara al pueblo á elegir al virey de Osuna!... El sabio ha huido esta mañana, llevándose los tesoros que los crédulos le habían confiado.

PERRONE. (Ap.) (Lo que es pagar adelantado!)

PAL. Un maestro de literatura! Fi!... Más vale ser bandido

GENNOV. Perrone, la hora de mi triunfo ha sonado y mi triunfo es el vuestro. Nápoles me proclamará esta noche su virey. Vosotros participareis de ese triunfo... Ya veis el prestigio de Masaniello, no es verdad?... Yo os nombraré capitanes generales.

PAL. (Ap.) (Preferiría... otra cosa.)

GENNOV. Tendreis todo lo que querais; yo podré contentar vuestros caprichos. Pero ántes es necesario deshacernos de nuestros enemigos.

PERRONE. De Masaniello?

GENNOV. No, de otro. Escuchadme: quereis ser grandes, nobles ricos, poderosos?

PERRONE. Si queremos?...

PAL. Tanto como vos, señor, la corona.

GENNOV. Vosotros comprendeis la elevacion de mis pensamientos

vuestra causa es la mia. Tenemos un enemigo, es necesario derribarlo. Su muerte nos es necesaria.

PAL. Se trata acaso de Masaniello?

GENNOV. Silencio; prestadme vuestra atencion. Vosotros me habeis servido siempre con talento, con fidelidad; hoy puedo recompensaros. Se trata... del duque de Arcos.

PERRONE. Imposible!

PAL. Corpo di Satán!

GENNOV. Cobardes! Retrocedeis así ante una empresa que os dará tanta fortuna mañana, tanto honor esta noche misma?

PERRONE. (Ap.) (Ah! Qué idea! Oigamos...)

PAL. (Ap.) (Oh! Tratemos de conocer sus proyectos.)

PERRONE. Pero cómo nosotros solos podríamos?...

GENNOV. No es preciso atacar de frente á nuestros enemigos. La naturaleza ha puesto mil armas en nuestras manos, y el que conoce sus secretos, el que los descubre, por más débil que sea, llegará á ser el más fuerte. Veis esta sortija? (Mostrándoles la que tiene en su índice.)

PAL. No es de valor.

GENNOV. Calla, necio; ella encierra el más grande valor, una corona, ella encierra la muerte. Abriendo esta cubierta, oprimiendo este resorte, nos dará lo que necesitamos: un veneno.

PERRONE. Ah!

GENNOV. Poned mucho cuidado á mis palabras. Hoy se da un banquete á Masaniello. El de Arcos debe asistir. Mezclaos con el pueblo, los invitados. Vestíos con ricos trajes, ceñíos espadas deslumbrantes, y cuando el monje Gennovino os presente al de Arcos, uno de vosotros deberá vaciar lo que contiene este anillo en su copa. La más ínfima porcion basta para...

PERRONE. Ya comprendo.

GENNOV. Como habeis cumplido, siempre, con vuestro deber, tomad. (Les da algunas monedas.)

PAL. (Ap.) (Qué miseria!)

GENNOV. Nuestro triunfo queda asegurado. Esta noche sereis

nombrados capitanes. Id á vestiros, yo os aguardo aquí. No, esperad; no deben vernos juntos, yo saldré el primero, voy á preparar lo que va á concluir de decidir de nuestra fortuna. Regresad aquí mismo, seguid al pueblo que viene al palacio á invitar al duque. Éste asistirá... Ya me encontrareis, yo estaré cerca de vosotros, y en el banquete, cuando la alegría se apodere de los convidados, el monje os presentará al de Arcos, y entónces...

PERRONE. Uno de nosotros le dará el veneno.

GENNOV. Guardad la sortija, es nuestro porvenir. (Lo da á Palumbo.)

PAL. (Ap.) (Nos toma por napolitanos.)

GENNOV. Adios, amigos mios, es decir, hasta la vista. No lo olvideis, la fortuna está en nuestras manos. (Sale.)

ESCENA VI.

PERRONE, PALUMBO.

PERRONE. Hénos aquí mezclados en una intriga espantosa...

PAL. Y decir que la corona de los reyes es tan frágil! (Señalando el anillo.)

PERRONE. Es claro; somos cómplices de todos.

PAL. Imposible de servir á dos.

PERRONE. Así lo creo.

PAL. Veamos. Quién nos da más? El monje nos promete honores, riquezas, una banda...

PERRONE. Prefiero á las promesas lo que nos dan de hecho. Si por tan poco hemos ganado un collar, qué será cuando?...

PAL. La balanza se inclina en favor de la princesa. Sobre todo, Perrone, es una mujer... Protejámosla del monje!

PERRONE. No hay duda, lo que mejor nos conviene es la hija del duque. Y cuando sepa lo que traman contra su padre...

PAL. Oh! La recompensa será magnífica. La del otro es dudosa... y arriesgamos mucho.

PERRONE. La recompensa! (Ap.) (Si pudiera obtenerla toda para mí...)

PAL. (Ap.) (Si yo solo la recibiera...)

PERRONE. Palumbo, salgamos del castillo.

PAL. Era mi idea. El aire me hará reflexionar.

PERRONE. Las ideas serán más claras.

(Se disponen á salir y se encuentran con Eleonora, que entra por el fondo.)

ESCENA VII.

ELEONORA, PERRONE, PALUMBO, despues OLIMPIA.

ELEON. Ah! la princesa no está aquí.. Creía encontrarla en este salon. La habeis visto?

PAL. Sí.

PERRONE. No.

ELEON. Cómo!...

PAL. (Á Perrone al oido.) (No perdamos tiempo; el fraile puede venir. Llamémosla.

PERRONE. (Á Palumbo al oido.) Tienes razon.) (Alto.) Quereis tener la bondad de decir á la princesa, que Perrone...

PAL. Que Palumbo...

PERRONE. Que dos hombres de armas desean hablarla.

ELEON. Já. já, já... Creeis que mi señora... Já, já, já...

PERRONE. Reid, pero ya tendreis que arrepentiros de vuestras burlas.

PAL. Decidle que los dos nobles personajes á quienes les ha concedido hace poco una audiencia, desean comunicarle un secreto muy importante.

ELEON. Entónces la habeis visto? Cómo el uno decía sí y el otro no...

PERRONE. Flores son de la retórica que cultivo desde ayer.

PAL. Es el mejor lenguaje, señora; Artega nos lo ha enseñado. Un hijo de Pluton.

PERRONE. (Ap.) (Platon, bruto.) (Alto.) Princesa de sangre real, yo os suplico de decir á la reina de las reinas, á nuestra poderosa señora Olimpia...

Eleón. Já, já, já... Qué graciosos personajes... Pero... héla aquí. (Apercibiendo á Olimpia, que entra.) Señora, estos ilustres señores desean hablaros.

Olimpia. Está bien, retírate.

Eleon. Ah!... Y va á escuchar estos... Bah! Tal vez la córte de Nápoles necesita de dos bufones.

Olimpia. Obedece. (Sale Eleonora.)

ESCENA VIII.

OLIMPIA, PALUMBO, PERRONE.

Olimpia. Hay algo de importante?

Pal. Sí lo hay!

Perrone. Y mucho, señora. Oh, oh, oh!

Olimpia. El duque me sigue; abreviad.

Perrone. Exabrupto: se trata de envenenar á vuestro padre.

Olimpia. Qué has dicho? Una nueva infamia? Miserables! Quién? Otro traidor? Hablad, hablad.

Pal. En Nápoles hoy, señora, los traidores abundan.

Perrone. De quien se trata esta vez es del mismo...

Olimpia. El virey de Osuna... Ah! Hay que esperarlo todo de ese infame. Qué intenta? Tiene aliados? Quiénes son? Hablad. No veis mi impaciencia?

Perrone. Aliados, señora, no los conozco. Lo que sé es que nuestro duque y señor debe asistir hoy á una fiesta. Nosotros...

Pal. Estamos convidados.

Perrone. Y en ella debe encontrar la muerte. Debe morir.

Pal. Morir envenenado.

Olimpia. Cielos! Oh, Dios mio! Dadme valor; hoy más que nunca lo necesito. Envenado por quién? Cómo?

Perrone. Por... el. . Nos ha dado una sortija y en ella...

Olimpia. Dadmela. (La toma.) Ah! ya comprendo, el arma de los napolitanos.

Pal. Deberíanos vestirnos con ricos trajes, ceñirnos espadas deslumbrantes.

Perrone. El monje nos presentará al virey.

PAL. Y durante la ceremonia, uno de nosotros...

OLIMPIA. Bendito seais, Señor, que salvais á mi padre. Y adónde debeis encontrar ese miserable?

PERRONE. Aquí mismo. Él seguirá al pueblo, y vendrá á este palacio acompañado de todos para invitar á nuestro virey. Nosotros debemos estar presentes.

OLIMPIA. No perdamos tiempo; las horas nos son preciosas. Retiraos; id á prepararos y venid á la hora señalada; no deis nada á sospechar; obedecedlo, y sobre todo no falteis... Yo me encargo de lo demas.

PAL. Y la sortija?

OLIMPIA. Yo la guardo. Es decir, quiero comprarla. Tomad. (Les da sus brazaletes.)

PERRONE. Oh! noble señora...

PAL. Contad siempre con la fidelidad de vuestros esclavos.

OLIMPIA. Podeis retiraros... Y no olvideis lo que os he recomendado. (Los bandidos se inclinan y salen.)

ESCENA IX.

OLIMPIA.

El crímen, la traicion por todas partes. Los unos conspirando contra los otros para disputarse un cetro. Los nobles ambicionando una corona para enriquecerse con los despojos del pueblo; éste, sacrificando á los inocentes para insultar á sus opresores; españoles contra italianos, príncipes contra vireyes. Por armas, el puñal ó el veneno, por verdugos los que nos roban la honra... Esto es horrible, Dios mio!... Y lo que yo sufro... Ah! mi pecho arde, por mis venas circula fuego, que no sangre... Ódio, ódio, como sólo una mujer sabe aborrecer... Y á quiénes? Á tí primero, virey Osuna, porque tú le señalastes con el dedo su primera víctima... Despues... á ese hombre cuya mirada me hizo estremecer cuando se encontró con la mia... Oh! si no te hubiera aborrecido, Masaniello, te habría amado, sí, con toda la fuerza de mi alma... Yo me vengaré, todos

conspiran contra tí, y bien, yo conspiraré contra ellos, porque tu vida me pertenece...

ESCENA X.

OLIMPIA, el DUQUE, ALCESTE.

ALCESTE. Masaniello se acerca. Una humillacion todavía, señor, pero no lo olvideis, nuestro triunfo depende de nuestra paciencia. Una palabra, una vacilacion cualquiera nos perderia. Esta noche...

DUQUE. Lo sé, cuento impaciente las horas, cada minuto que trascurre lo pagará más tarde la vida de ellos... (Apercibiendo á Olimpia.) Ah!... (Se acerca á ella, al oido.) Has reflexionado? Guardas aún un secreto para tu padre? Olimpia, su nombre, yo lo quiero. Lo pronunciarás?

OLIMPIA. Tal vez!

ESCENA XI.

OLIMPIA, el DUQUE, ALCESTE, MASANIELLO, GENNARO, GENNOVINO, hombres del pueblo, soldados, etc.

Masaniello avanza. Su traje desordenado, la cabellera descompuesta, todo acusa en él una divagacion mental.

GEN. Duque y señor, el capitan general.

OLIMPIA. (Ap.) (Él aquí!... El de Osuna tambien!)

MASAN. Virey de Nápoles, mi amado pueblo festeja hoy á su capitan. Yo, el vencedor de los arrogantes, vengo aquí á invitarte. Ven á mi festin.

GEN. (Ap.) (Qué dice?)

GENNOV. (Ap.) (Habla así á su rey?)

ALCESTE. (Ap.) (Un insulto más!)

DUQUE. Habeis olvidado, Masaniello, el respeto que me debeis?

ALCESTE. Es el virey.

MASAN. No hay virey aquí, hay hermanos que se reunen para celebrar el principio de su libertad. Todos somos igua-

les; ven, duque, Masaniello te invita y el pueblo invita á Masaniello.

GENNOV. (Ap.) (Hablarle así!... un pescador...)

ALCESTE. (Bajo al Duque.) (Paciencia, señor.)

DUQUE. Nunca me he negado á vuestros deseos, tanto más cuanto que son justos.. Asistiré á vuestra reunion.

OLIMPIA. (Ap.) (Cielos! es necesario impedir que lo siga el de Osuna. Este hombre lo perdería. Qué hacer?)

ALCESTE. Vuestro virey ha firmado hoy su alianza con el pueblo.

MASAN. No me hableis de alianzas, no las quiero, ellas se esconden bajo una careta, y el que las descubre ve en el rostro de los que las proponen alguna traicion... Hablad-me de ódios, de venganzas, y yo os creeré... Marietta, no te he olvidado... tú los has maldecido.

GEN. Qué dice! Oh! no hay duda, sus ideas se extravían.

OLIMPIA. (Ap.) (Pobre padre, verse obligado á escucharlo!)

GENNOV. (Ap.) (Es mi triunfo el que prepara.)

DUQUE. Masaniello, quereis por ventura trocar nuestra alegria en dolor? Quereis cambiar los cánticos de triunfo en quejas, en acentos de desesperacion? Hoy, el dia en que Nápoles se debe creer el más feliz de los pueblos de la tierra?

MASAN. Ah! perdon, señor; pero qué quereis? no sé, no puedo dar cuenta de lo que por mí pasa. Es extraño... siento en mi frente un fierro que la quema; por todas partes veo sangre; no escucho sino una voz, la de Marietta moribunda. Vos no la conocísteis, señor; Marietta era el odio de nuestra raza por esos nobles que deshonran nuestras esposas, que profanan nuestra religion, que hacen de nuestras hijas impúdicas cortesanas. Ah! nobles, yo os aborrezco, yo os desafío á todos. (Desnudando la espada.)

DUQUE. Estais en presencia del virey.

MASAN. Vos, señor, sois español y no sabeis lo que son nuestros grandes. Vos sois noble y no sabeis lo que son nuestros nobles. Vos ignorais lo que es un pueblo dominado por un monarca en cada una de sus plazas, de sus ca-

lles. Los feudales, señor, son más tiranos que los que nos han oprimido bajo el nombre de reyes. De estos somos esclavos, de aquellos no somos ni sus perros!... Já, já, já!...

GEN. (Ap.) (Oh! desgracia funesta! Él delira.)

DUQUE. Calmaos, Masaniello, Dios hará justicia.

MASAN. Y aún existen hombres que sueñen ocupar un trono! Tened; ese monje que veis allí me proponía al virey de Osuna. El que llamaba á su patria á los extranjeros para derramar la sangre de nuestros hermanos! Oh!

GENNOV. (Ap.) (Va á perderme.) (Al Duque al oido.) (Este hombre se ha vuelto loco.)

DUQUE. (En voz baja á Gennovino.) (Así lo creo.)

ALCESTE. (Al Duque.) Su victoria ha hecho que su razon se extravíe.

OLIMPIA. (Ap.) (Qué esperar del que vende á su patria? La mirada de ese hombre (Del monje.) me da miedo. Tú no estarás más al lado de mi padre. Un dia lo perderías. Qué hacer?)

MASAN. (Ap.) (Marietta, duerme en paz; ya estás venganda! Vengada! Cielos!... Olimpia... Verdugo yo de una mujer inocente como ella, y como ella tambien tan hermosa y pura! Qué he hecho, Dios mio?... Desgraciada... Habré manchado con un crímen la causa que defendía? No, he pagado una deuda, y las del corazon no deben olvidarse nunca. Pero qué pasa por mí? Una voz secreta me responde: Infamia, infamia! Olimpia!... Bah! Já, já, já!...) (Alto.) Ay de aquel que ha hecho llorar á Masaniello; ya lo he jurado, sangre por sangre, injuria por injuria. Por eso hoy he obligado á uno de esos á besar los piés del que os reconquista vuestra libertad.

PERRONE. (Ap.) (No quisiera ser Alceste!)

ALCESTE. (Ap.) (Ah! Tú lo has dicho: injuria por injuria.)

PAL. (Ap.) (Qué diablos va á pasar aquí?)

OLIMPIA. (Ap.) (No lo olvidaré, sangre por sangre.)

MASAN. Vos lo veis bien, señor, (Al Duque.) estos vestidos me incomodan; si la espada era ligera en mi mano cuando

cortaba la cabeza de mis enemigos, hoy me cansa con su peso. Cuán feliz era el pescador, cuán ridículo me parece el ser capitan. Ayer no pensaba sino en amar, y me reposaba de mis fatigas en los brazos de Marietta; hoy por todas partes veo puñales; las copas que me tienden contienen un veneno; todos me odian; todos me envidian. No es verdad que si ayer amábais á Masaniello, hoy envidiais al capitan?

ÉN. Cálmate, amigo mio. Todos te aman con sinceridad.

)UQUE. Habeis conquistado los derechos de vuestro pueblo, por qué quereis ver enemigos en los que no deben ser sino vuestros hermanos?

ASAN. Já, já, já! Escucha. El mar se agita, las olas embravecidas golpean fuertemente las rocas. Un náufrago... Es Masaniello. Ayer cantaba sus romances, hoy sus labios crispados están teñidos de sangre. Ayer amaba, hoy aborrece. Nobles, vosotros lo perdísteis. Masaniello duerme... despierta!... No, él duerme despues de su victoria; el rayo ilumina su frente, las olas se apartan y el pescador desaparece en la eternidad. Nobles, Masaniello os aguarda en el infierno.

ODOS. Masaniello!

EN. (Ap.) (Infeliz!)

UQUE. (Á Alceste.) (Ha perdido el juicio.

LCESTE. (Al Duque.) No cabe duda.)

ENNOV. (Ap.) (Uno ménos...) (Á Perrone, al oido.) (Y despues el otro...)

)LIMPIA. (Ap.) (Yo iré á su cita para darme á conocer...)

EN. Masaniello, ya no conoces á tus amigos? Ven, el banquete nos espera; vamos á festejar al libertador de Nápoles.

ASAN. El libertador?... Y á mí quién me ha libertado de las penas que me atormentan?... Espada, (Arrojándola.) tú eres inútil, ya no hay sangre, toda ha sido derramada... Ya no soy vuestro capitan, lo entendeis bien? Obedeced á vuestro señor, (Señalando al Duque.) y él os hará felices, lo ha jurado.

DUQUE. Sí, repósate en tu victoria, recoge tus laureles, yo velaré por la dicha de nuestro pueblo.

GEN. Ven, Masaniello. Despreciarás por ventura el banquete que te hemos preparado?

MASAN. Ah! es verdad... En qué pensaba?... Oh señor y duque, perdonad á vuestro fiel servidor... Venid, yo os lo ruego, á honrarnos con vuestra asistencia. Las góndolas nos esperan para atravesar el golfo. Tal vez sea el último dia del pobre Masaniello.

DUQUE. Lo había prometido y os acompañaremos con placer.

TODOS. Viva el duque de Arcos!

DUQUE. (Ap.) (El primer grito!...) (Alto.) Venid, Alceste; acompañadnos, padre. (Á Gennovino.)

GENNOV. Á todas partes, señor.

OLIMPIA. (Ap.) (Él! No; ya encontrará otros medios para deshacerse de su enemigo...) (Al Duque, al oido.) (Padre, no permitais que el monje vaya con vosotros.

DUQUE. Bah! Te has alucinado con las palabras de ese loco?)

GENNOV. (Al oido, á Perrone.) (Todo nos favorece... Y el cintillo?

PERRONE. (Bajo á Gennovino.) (Lo he dado á Palumbo... Él se encargará...)

OLIMPIA. (Bajo al Duque.) (Tengo un presentimiento.

DUQUE. No faltaba más sino que tú tambien hubieras perdido el juicio...)

MASAN. Dad vuestras órdenes para partir, duque y señor.

OLIMPIA. (Bajo al Duque.) (En nombre de Dios...

DUQUE. Oh... (Rechazándola.)

OLIMPIA. Si me amais, padre mio...)

DUQUE. (Al pueblo.) Ya os sigo.

OLIMPIA. (Al Duque.) (Y bien, puesto que lo quereis... Padre, me habeis prometido de lavar la mancha que han arrojado sobre vuestro honor... Virey, haced justicia.

DUQUE. El nombre, el nombre de...

OLIMPIA. El monje Gennovino... Es decir, el virey de Osuna!)

DUQUE. Ah! miserable! (Arrojándose sobre él, le arranca el capuchon.) El de Osuna!! Tú, tú!

GENNOV. (Ap.) (Estoy perdido.)

MASAN. El de Osuna aquí!

DUQUE. (Bajo á Gennovino.) (Ah! asesino de mi honra... tu sangre toda no basta para lavar la mancha de tu crímen... Miserable, miserable, maldito seas!

GENNOV. Yo!... qué decís?...)

MASAN. Un traidor entre nosotros! Que muera! (Todos avanzan.)

PERRONE. (Que no nos vea, Palumbo. (Á éste, bajo.)

PAL. (Id.) Tratemos de eclipsarnos.) (Se pierden entre la multitud.)

DUQUE. (Ap.) (Nadie debe conocer mi deshonra.) (Alto.) Pueblo, os entrego al que vendía vuestra patria. Ha escapado á la justicia divina, escondiéndose bajo el manto que ha profanado. Hoy lo reconocemos. Que los verdugos inventen un nuevo suplicio para castigar al más infame de los hombres.

GENNOV. (Al pueblo.) Sí, yo soy el virey de Osuna; yo quería vuestra felicidad, pero insensatos, no la comprendeis.

MASAN. Muerte al traidor!

DUQUE. Entregadlo á los verdugos. (Gennovino quiere hablar. Todos lo interrumpen.)

TODOS. Muera el que vendía á su patria... Muera! (Se apoderan de él y lo obligan á salir.)

DUQUE. (Ap.) (Ah! Nápoles, tú me has impuesto el más cruel de los suplicios...) (Á Olimpia.) (Comprendeis lo que sufro? No puede haber un dolor más grande...

OLIMPIA. Sí, el mio!...)

DUQUE. Vamos, señores, estoy pronto á seguiros.

MASAN. Es mi festin... Una muerte indica que acaba de comenzar... Oh! es horrible esta vida de cortesanos. Por qué no perecería, Dios mio?... Paso al duque... (Éste sale; Alceste quiere seguirlo, pero Masaniello se interpone.) Antes... yo... Paso al libertador... (Salen todos ménos Olimpia.)

OLIMPIA. (En la ventana.) Ah! los furiosos hacen pedazos el cuerpo del virey de Osuna... Qué horroroso espectáculo... yo lo veré hasta el fin... Masaniello! ay de tí!... (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa una vasta plaza.—Un castillo á la izquierda.—La puerta de una iglesia á la derecha. Vista del golfo al fondo.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

GENNARO, GIUSEPPE.

GIUS. Estás seguro, Gennaro, de verlo aquí?

GEN. Si la fatalidad quiere que no lo encontremos, él está perdido y nuestra causa tambien.

GIUS. Oh! por qué Dios nos ha castigado así? Tanta sangre vertida para no obtener sino un triunfo efímero, para vernos despues más humillados.

GEN. Todo conspira en contra nuestra: esa alucinacion de Masaniello, sus temores, su dudas, su locura en fin... De qué nos sirve haber vencido? La victoria era temprana. Masaniello necesita de vivir en medio del peligro, de los combates; es el náufrago desafiando la tempestad. Hoy... hoy, si él no despierta de ese terrible sueño, estamos perdidos. Él sólo puede dominar al pueblo, á este pueblo, Giuseppe que acobarda la pereza, la lascivia. Los españoles han llegado; tú mismo los has visto conmigo, esparcidos, entrando en pequeño nú-

mero, diciéndose de vengar al Duque de las humillaciones que le ha hecho sufrir un pescador, del incendio de su flota... Si Masaniello no despierta, estamos perdidos.

GIUS. Pero tú me has asegurado que podíamos encontrarlo aquí.

GEN. Desde hace algunas noches este es su paseo favorito. Ha abandonado su cabaña con el mismo desprecio que el suntuoso palacio que le daban al capitan. Yo que me intereso tanto por él,—qué quieres? es mi amigo, mi hermano, el salvador del pueblo—lo he seguido siempre de lejos, y no ignoro que es aquí, en esta plaza donde dirige por las noches sus paseos misteriosos. Qué hace, qué intenta? Sueña aún el engrandecernos? No lo sé.

GIUS. Todo lo que me dices me parece tan extraño, todo lo que pasa es tan novelesco... Y luégo, cuando veo la traicion por todas partes... Temo por su vida... Las víctimas se suceden las unas á las otras. Es esta la libertad?

GEN. Giuseppe, cuando los pueblos nacen, los primeros pasos de su infancia son difíciles. Sus ojos se deslumbran con todo lo que ve... Y luégo, los enemigos se sirven de nuestras pasiones, las exaltan para despedazarnos á todos un dia y quedar ellos á disputarse el último terreno que poseíamos... Los que acusan las repúblicas ignoran que la cuna de estas ha sido en la tumba misma de los monarcas...

GIUS. La república! Ah! hé allí lo único que podía salvarnos... Yo no me atrevía á pronunciar esa palabra.

GEN. Masaniello, sí, pero... aún no es tiempo! Los siglos venideros disfrutarán de ellas.

GIUS. Si uno de vosotros se pusiera á la cabeza del pueblo, sí...

GEN. Ya te lo he dicho, aún no es tiempo. Muchos años se necesitan para que ella ilumine al mundo. Un dia la humanidad la sancionará, y su felicidad consistirá en

el respeto de las leyes, en el respeto de los que elige para mantener su aplicacion. Que las ambiciones se callen, que todos obedezcan al que del pueblo—dirige al pueblo, y las repúblicas harán la felicidad de las naciones. Jesucristo la estableció en medio del desierto con un puñado de hombres, pescadores como Masaniello... Pero ay! aún estamos en la infancia, y hoy, el único que podia salvarnos creyendo que sus enemigos han perecido, ó duerme, ó se reposa como el héroe que prepara su gran batalla.

GIUS. Mas no veo á Masaniello y las horas son preciosas. La mayor parte de los españoles deben estar ya en las fortalezas. Ay! del pueblo, Gennaro!

GEN. La llama de la libertad nunca puede extinguirse; nosotros pereceremos, pero nuestros hijos la reanimarán y ella iluminará al mundo...

GIUS. Mientras tanto, nosotros sufrimos y somos víctimas de la ambicion de los nobles. Mañana, Nápoles volverá á ser lo que fué ayer, una colonia de esclavos. Masaniello, Masaniello, dónde estás?

GEN. Tal vez sea tiempo aún. Si lo encontráramos en su cabaña... Nuestro deber es de buscarlo por todas partes, de darle aviso de lo que pasa... (Se oye una detonacion.)

GIUS. Escucha... Y nadie ha respondido!...

GEN. Ah! ellos se divierten... Tal vez Masaniello hizo bien en abandonar ese festin bruscamente. La muerte del pueblo comienza, la nobleza resucita. Corramos, Giuseppe, busquemos al capitan ó acudamos á la cita... Nuestro deber es de morir con nuestros hermanos. (Salen por la derecha.)

ESCENA II.

PERRONE, PALUMBO, entrando por la izquierda.

ERRONE. Nadie...

AL. Nadie...

PERRONE. Y por tanto á estas horas el capitan no falta por estos sitios.

PAL. Si se habrá dormido en su barca...

PERRONE. Mas le valiera. Los españoles han llegado, y esta vez... el capitan quisiera ser pescador.

PAL. Un grito del corazon: más vale ser bandido.

PERRONE. Pero no olvidemos que la princesa nos espera. Vuela, Palumbo amigo, dile que el pájaro no está en la jaula; pero que este es su lugar favorito. Todas las noches viene allí... á las puertas de la iglesia. Tendrá miedo?

PAL. Ó hará su confesion.

PERRONE. Con las piedras, bruto?

PAL. Eh?

PERRONE. Bruto era el padre de César. No te ofendas. Vuela: la princesa no tiene mucha paciencia; ademas el embozado que la acompaña podría aprovecharse de nuestra ausencia, y... y...

PAL. Oh! princesa, ya acudo á vuestro socorro. (Sale.)

PERRONE. Corpo di Bacco! Esta noche vamos á ver muchas estrellas. Los españoles que llegan: el pueblo que baila ignorando que la tempestad está sobre sus cabezas. Si Palumbo tendrá razon: más vale ser bandido.

ESCENA III.

OLIMPIA, ALCESTE, PERRONE, PALUMBO.

OLIMPIA. (Ap.) (Este es el sitio. Muy digno es de él.)

PERRONE. Veis allí?... es una iglesia. Allí es donde él se recoge para expiar sus crímenes. Entra por aquí, por la derecha, se pasea, habla solo, llora, blasfema.

PAL. Y despues concluye por dormirse en las puertas de la iglesia.

ALCESTE. Pobre loco! Á fe mia, señora, que no merece á lo más sino la punta de nuestra espada. Por qué ocuparos así del que llamais el primer enemigo del reino? No merece ni ese título ese pobre hombre, oh! no, princesa.

PAL. (Ap.) (Y ha besado los piés del pobre hombre. Palum-

bo no lo haría á fe de Perrone.

OLIMPIA. Habeis prometido obedecerme; yo sé lo que intento; sigo mi objeto. Masaniello rendido, Nápoles es nuestro.

ALCESTE. Y si Nápoles se rinde, Olimpia, vuestro corazon me pertenece.

OLIMPIA. Os lo he jurado.

PAL. Qué hablan? Tramarán una traicion acaso?

OLIMPIA. Los minutos son preciosos; id á animar vuestras tropas, el duque os lo ha ordenado. Proclamad al virey, asegurad su trono, humillad á los que ayer nos han humillado, estableced la dinastía española y venid despues aquí, ya me encontrareis. Olimpia sabrá cumplir su deber.

ALCESTE. Abandonaros en estos sitios? Nunca. Regresemos, señora, vuestro capricho es una tardanza, y una tardanza puede ser nuestra perdicion. (Se oye una nueva detonacion.) Oid, señora, el pueblo sin duda se apercibe de la llegada de nuestras tropas. Seguidme, Olimpia, entrad á vuestro palacio. Yo me encargo de lo demas.

OLIMPIA. No, habeis jurado de obedecerme. Estos bravos hombres me acompañan. Acudid á vuestro puesto, haceos digno de que la hija del duque de Arcos pueda amaros con orgullo.

ALCESTE Pero...

OLIMPIA. No perdais tiempo. Vuestro virey os llama.

ALCESTE. Puesto que lo ordenais, señora... (Besa su mano y sale.)

ESCENA IV.

OLIMPIA, PERRONE, PALUMBO.

OLIMPIA. Os he prometido una recompensa. Gennovino ha expiado sus crímenes; yo he guardado el anillo que contenía el veneno; no olvido nunca lo que prometo, y en prueba de ello tomad. (Les da un cintillo de brillantes.)

PERRONE. Oh! hija de mi rey, os seguiremos al fin del mundo.

PAL. Toda mi sangre os pertenece y... vale mucho. (Ap.) (Este anillo vale más.)

OLIMPIA. Quiero que me obedezcais en todo lo que os mande por extraño que parezca. Perrone, necesito estar sola; retiraos y teneos prontos á una señal mia.

PERRONE. Permitidme que os haga observar que...

PAL. Masaniello podría venir y...

OLIMPIA. Nada temo, tengo mis proyectos; retiraos. Cuando os llame por vuestros nombres, cuando os dé una palmada, acudid aquí... no lo olvideis.

PERRONE. Está bien, señora. Dios os iluminará.

OLIMPIA (Ap.) (Dios!... Dios!... Sí, el de la venganza.) (Alto.) Retiraos. (Los bandidos se inclinan profundamente y salen.)

ESCENA V.

OLIMPIA.

Aquí... en esta plaza... Me han dicho que es su lugar favorito... Pero qué viene á hacer en estos apartados sitios? Ah! Tal vez busca alguna casa solitaria, y mientras que sus cómplices caen heridos por las balas de nuestros soldados, él escalada los muros, y el héroe se venga de sus enemigos deshonrando á sus hijas... Mañana ellas tendrán que ceñir á su verdugo la banda de capitan, y el pescador se volverá loco por su triunfo... Mientras tanto, la infeliz, víctima de su pasion ó de su orgullo, ella, que se ha visto estrechada entre los brazos de un desconocido, ella, que preguntaba á los infiernos el nombre de su verdugo, llora, se arrastra por el suelo gritando á Dios: «Eres justo?» Y si no llora más es porque su corazon, como un reloj, cuenta por siglos sus latidos, y en cada uno de ellos ha sufrido las torturas del condenado. Cómo quereis que la mujer tenga aún lágrimas para rescatar con ellas los sufrimientos que la devoran? Ah! yo comprendo que el que ame sucumba, que un beso os haga estremecer de pasion, pero que á sangre fria os roben vuestra honra... oh!... Por qué no conoceis la pena que nos imponeis, por qué vuestras caricias cierran nuestros labios?... Si

la flor hablara, preguntadle, preguntadle lo que siente cuando una mano impía se divierte en destrozar sus pétalos. Ella, que recibía á la abeja en su cáliz, tiembla de horror al ver que vuestros ojos la fijan. Masaniello, Masaniello, tú me has quitado el único tesoro que la mujer posee en la tierra: la inocencia. Y bien, la mujer se venga... (Apercibe á Masaniello.) Cielos! Un hombre... (Se cubre con un antifaz, y lentamente va á ocultarse detrás de una de las columnas de la iglesia.)

ESCENA VI.

OLIMPIA, MASANIELLO, profundamente pensativo, vestido con el traje de pescador.

MASAN. Ah! al fin me veo libre. Puedo ostentar estos vestidos que me servían en otros dias más felices. Esa espada ociosa me pesa, esos gritos me aturden; los festines envenenan, las grandezas no son para un hombre del pueblo. Yo soñaba la libertad de Nápoles, y tanto hemos vencido, la victoria fué tan pronta, que Masaniello se encontró convertido de pescador en capitan en el espacio de algunas horas. Vosotros habeis hecho un hombre de guerra, y los nobles señalan el corazon de su vencedor para clavarle sus puñales.

OLIMPIA. (Ap.) (Él! Dios me lo envía.)

MASAN. Y yo que soñaba por veros libres. Cuando me encontré árbitro de vuestros destinos, era necesario de un hombre que os gobernara. Quién? Los nobles, vuestros enemigos, os imponen mil tributos, los franceses os privan hasta del nombre de napolitanos; los unos os venden, los otros os dan al que el azar de la guerra hace más fuerte. Quién? Yo? Yo, que me alhogo con vuestros vestidos de gala? Yo, que decía «venganza,» y al ver el vencido á nuestros piés, os he dicho «piedad?» Masaniello en medio de su pueblo, lo salvaba, lejos de él sucumbe, la traicion lo pierde. Oh! Dios mio, dadme enemigos dignos de la lucha, no me deis cobardes. Una espada

contra una espada; álguien que diga: «tiranía,» yo diré «libertad.» Pero no me entregueis en las manos de esa multitud que no sueña sino el poder, que huye cuando álguien se lo disputa con las armas en la mano, próxima á intrigar para arrebatárselo por la perfidia. Yo, que os he vencido, apenas he llegado á las gradas de ese trono manchado con tanta sangre, he retrocedido con espanto, mis sentidos se han extraviado; no veo, escucho en todas partes una voz horrible, una estridente carcajada, un insulto, una blasfemia... Mis manos tambien están cubiertas con sangre, sin eso... ah! serían dignas de bendecir al pueblo que se proclama libre. Y qué quereis, ellos han ultrajado nuestras esposas; una de ellas, la más pura, la mia, ha llorado tambien, y como las demas os ha dicho: «malditos seais.» Masaniello lo había jurado, él debía perderos, pero ay! no puede salvar á su pueblo. Vosotros os poneis de rodillas, nobles, ántes que se os tiendan las cadenas!

OLIMPIA. (Ap.) No, no delira. Su imaginacion se exalta, y... no lo comprenden... Por qué la justicía divina quiere que los héroes sean tambien verdugos? (Avanza á la escena.) Masaniello!

MASAN. Aquí tambien? Quién sois, señora?

OLIMPIA. Un amigo.

MASAN. Qué quereis?

OLIMPIA. Conoceros.

MASAN. Ah! Vos tambien, venís á ver al que llaman libertador? Y bien señora, permitidme un consejo: retiraos. Ya le veis, soy un pescador.

OLIMPIA. Permitidme una pregunta. Qué quereis? Yo me interesso tanto á vuestro destino. En la victoria, en medio de ese fuego siniestro que las ilumina, habeis sido siempre el noble héroe, noble no por la herencia de un título vano, sino por el corazon, que es la mejor nobleza; decid Masaniello, no teneis algo que reprocharos?

MASAN. Por qué me lo preguntais, señora? Yo el primero me he

lanzado á los combates, y por eso he llegado el primero tambien á la victoria. Yo dí la señal; una gran llama sí, pero era porque iluminaba nuestra libertad. Hoy, señora, Masaniello sufre, sufre porque adivina que su pueblo pasa de una esclavitud á la otra, hasta que un hombre algun dia pronuncie en alta voz la palabra que comienza á murmurarse en secreto.

OLIMPIA. Y esa palabra es?...

MASAN. República!

OLIMPIA. Ah! no hablemos de guerras... he oido tanto... Hablemos sólo de vos... Habeis salvado á un pueblo, decís, él os agradece; que más quereis?

MASAN. Nada... La paz de la conciencia.

OLIMPIA. La paz... si tuviérais una hermana, capitan, y si un dia la viérais á vuestros piés diciéndoos: véngame, Masaniello, los vencedores han saqueado tu morada, han destruido tu barca, y uno de ellos, el más fuerte, ha manchado el honor de la que lleva tu nombre, de la que ántes era pura, lo oís bien, y que hoy se avergüenza de ser mujer, ¿qué diríais, pescador de Nápoles, qué díríais?

MASAN. Ah! señora, ese hombre... oh!... lo haría pedazos entre mis manos, inventaría un suplicio para él, le arrancaría el corazon.

OLIMPIA. Y por qué entónces deshonrais á las hijas de los otros, si vuestro honor, si esa piedad no son sino el más necio orgullo? Sabeis lo que es sufrir con ese sufrimiento de que os hablo, el de verse deshonrada? Sí, vos debeis conocerlo porque he visto el fuego de vuestras miradas, porque vuestros labios saben maldecir..

MASAN. Si lo sé, señora? Oh! por qué me lo recordais?... Ni un momento de reposo... Aun aquí... oh! estoy maldito. Por qué repetirme á todas horas lo que tantas lágrimas me ha costado? por qué envenenais así mi existencia? Ellos tienen la culpa. Yo no era un malvado, señora. Ah! Muerte á los nobles que me han amargado la existencia... Marietta!... Ella tan pura, tan buena... Si

la hubiérais visto! Oh! decidme que vos conoceis al que me ha deshonrado. Sí, vos debeis conocerlo puesto que me hablais con ese tono. El nombre de ese infame, señora, su nombre... (Tomándole la mano.) Nadie conoce mi secreto; vos sola... Por qué vuestra mano está tan fria como la de una estátua? Quién sois, señora? Por piedad, decidme el nombre del que me ha lanzado á los abismos de la desesperacion.

OLIMPIA. (Ap.) (Su razon se extravía.)

MASAN. No os burleis de mi martirio. Hace un instante me hablabais de un infame que deshonra á nuestras hijas, á nuestras esposas. Vos no debeis ignorar tampoco que Marietta ha preferido morir ántes que vivir deshonrada. Y vos conoceis al autor de mi deshonra? Ah! por piedad, señora, en nombre de Dios, en nombre del infierno, decidme quién es? Su nombre. Yo iré á encontrarlo... Yo... Ah! Señora... Já, já, já. No tengais miedo. Es que sufro. No puedo llorar y rio. Maldita seais si no me decís su nombre.

OLIMPIA. (Ap.) (Dios mio, qué escucho! Oh! qué no habré yo sufrido!) (Alto.) Tú puedes incendiar los buques, la ciudad entera; tú puedes morir venerado por tus compañeros; pero la infeliz que gime en la soledad, que no tiene ni aun el consuelo de confiar su dolor al mismo ser á quien le debe la existencia?...

MASAN. Sí, lo sé; por eso es que murió Marietta. Ah! los miserables!... Su nombre, señora.

OLIMPIA. Vais á conocerlo: Un hombre se introdujo cobardemente una noche en un castillo abandonado, en el que venía á refugiarse una jóven amada, respetada de todos los que la rodeaban. El hombre aprovechó de su aislamiento, de las sediciones que amenazaban atentar contra la vida del padre de la jóven infeliz, y distrayendo á los amotinados, aleja la multitud, escala un muro, y aprovechando del estupor de la desgraciada, estrechándola fuertemente entre sus brazos, cerrando sus labios con su ruda mano... Ah! el miserable la deshonraba...

Y el infame era proclamado al dia siguiente el héroe Masaniello, mientras que su víctima se moría de dolor y de vergüenza.

MASAN. Ah! Qué escucho!... Aquella noche... Sí... la venganza de Marietta... Las llamas... los amotinados... La hija del virey... Ella!... Ella tambien!... Oh! cuán hermosa era! Marietta... Olimpia!... Perdon, perdon. Ah!... (Cae al suelo.)

OLIMPIA. (Arrodillándose cerca de él.) Su corazon late. Este hombre no es tan culpable, no tenía conciencia de su crímen. Si muriera!... No, no, Masaniello, Masaniello! Cielos!... No se mueve. Habla, responde. Yo te... Ah! Dios mio, Dios mio! Capitan! Cuán hermoso es! qué admirable serenidad en su semblante. Es posible que tú fueras mi verdugo, cuando tu palabra seduce, cuando siento que...—Oh! no, no hay piedad para tí, Masaniello. El crímen no puede obtenerla nunca.

ESCENA VII.

OLIMPIA, PERRONE, PALUMBO.

PERRONE. Señora, los soldados españoles se acercan; el pueblo ha sido vencido sin duda. No se oye sino un solo grito: «Viva el duque de Arcos.» Á nosotros tambien nos apuntaban, y si no hubiera sido por nuestro salvoconducto...

PAL. (Apercibiendo á Masaniello.) Un cadáver!

OLIMPIA. No, ayudadme á volverle en sí.

PERRONE. Masaniello! Él! Por todas partes lo buscan; su nombre solo es un eco de guerra. Huyamos, señora.

OLIMPIA. Cobardes! Este hombre no está muerto.

PAL. Venid, señora, los soldados avanzan.

PERRONE. (Ap.) (No hay duda, es una partidario de Masaniello y va á perdernos. Una mujer es capaz de todo.)

OLIMPIA. Teneis miedo?

PERRONE. Miedo? No. Pero qué dirían en la ciudad si os encontráran en estos sitios y al lado de Masaniello?

OLIMPIA. Poco me importa. Su corazon late todavía. Masaniello!
PAL Ya se acercan, señora.
OLIMPIA. (Ap.) (Y muere sin conocerme!)
PERRONE. Hélos aquí.

ESCENA VIII.

OLIMPIA, PERRONE, PALUMBO, ALCESTE, soldados españoles.

ALCESTE. Ah! Olimpia mia... Vos aquí todavía!
OLIMPIA. Habeis triunfado... Lo sé... (Le da la mano.)
ALCESTE. Mi felicidad es tan grande que me olvido hasta de nuestra victoria.
UN SOLD. (Apercibiendo á Masaniello.) Un cadáver!
ALCERTE. (Examinando.) Masaniello! el que buscábais con tanto interés, hélo aquí... Mi triunfo es completo... Tu ayer, hoy, hoy... á mi vez.
SOLDS. Masaniello!
OLIMPIA. Qué haceis? (Á Alceste, que levanta su espada.)
ALCESTE. Vengarme.
OLIMPIA. Vengaros? Por qué? Este hombre me pertenece.
ALCESTE. Qué decís?
PERRONE. (Ap.) (El pescador! Á ella!...)
OLIMPIA. Alceste no sabrá buscar con su espada el corazon de un hombre que duerme.
ALCESTE. Perdon, señora.
OLIMPIA. Retiraos.
SOLDS. Muera Masaniello.
OLIMPIA. Lleváoslo prisionero. (Los soldados murmuran.)
PAL. (Bajo á Perrone.) (Comprendes algo?)
PERRONE. (Id. á Palumbo.) (Los que habitan Nápoles han perdido el juicio. Como podríamos contagiarnos, ven, Palumbo, huyamos. La literatura nos absolverá, voy á dedicarme á ella solamente.
PAL. Serás un sabio, Perrone.) (Desaparecen.)
OLIMPIA. Yo, la hija del duque de Arcos os intimo de respetar la vida de este desgraciado. (Quitándose el antifaz.)

Un sold. Tenemos órden de matarlo sin piedad donde quiera que lo encontremos.

Alceste. (Bajo á Olimpia.) (No sé lo que intentais, señora, pero vos misma podeis perder al virey.

Todos. Muera Masaniello.

Masan. (Levantándose lentamente.) Ah! mi pueblo!... Nápoles libre... Sí, hermanos, yo os amo... Viva la libertad!

Todos. Muera Masaniello! (Le apuntan.)

Masan. Traidores!... No... ingratos!

Olimpia. (Á los Soldados.) Un momento... (Á Masaniello al oido.) (Me conoces? Yo soy...

Masan. Olimpia!

Olimpia. Tu muerte es segura, y tu vida me pertenece... (Al oido.) Muere...) (Le entierra el puñal.)

Masan. Ah! Perdon... Marietta... Viva el pueblo. (Cae.)

Olimpia (Ap.) (Horror!... Qué he hecho, Dios mio!)

Alceste. Cielos!

Todos. Viva la hija del duque de Arcos!...

Olimpia. He jurado de ser vuestra esposa. Deutro de algunos instantes podeis uniros á mi destino, si quereis. Una última gracia: id á prevenir al duque de Arcos... Yo os espero aquí. (Á Alceste.)

Alceste. Sereis obedecida. (Sale seguido de los soldados.)

Todos Viva la princesa!

ESCENA IX.

OLIMPIA.

Ah!... Es esta la venganza?... No. Ya no existes, Masaniello, y yo sé ahora que la mancha que se arroja sobre nuestro honor, no se lava con sangre. Por qué me perdistes?. Hubieras podido hacer feliz á tu víctima porque hoy comprendo cuánto te amaba.. y has hecho de ella un criminal... (Se oyen voces.) Oh! ya llegan. Este veneno que debía privarte de la vida, padre mio, este veneno preparado para tí, por un traidor, va á libertarme... del remordimiento... (Toma el veneno que

lleva en el cintillo.) Masaniello, cuán hermoso eres!... Ya se ha apagado el fuego de tu mirada, tu frente se ha oscurecido y tu semblante todo se ilumina con esa última belleza que anuncia que la muerte ha comenzado... Ah! por qué no permitistes que Olimpia te hubiera entregado la fe pura de su corazon? Tú sufrias, mis sonrisas hubieran hecho desaparecer las maldiciones que aparecían en tus labios, tú... Dios mio! Qué siento!... Ah! mis ojos se cierran á pesar mio... Es la muerte?... No, no; tú me esperas, Masaniello, y yo voy á reunirme á tí... Padre, padre mio, perdóname, yo te amo tambien... Dios, hazlo feliz... Masaniello, yo te amo... Te amo!... Estas palabras resuenan á mis oidos como un cántico divino... Por qué no las pronunciaste tú?... Aquí, cerca de tí, en el dintel del sepulcro, lo puedo decir en alta voz: yo te amo!... Ay! Mi cuerpo tiembla... no veo... Ah!... Mártir, duerme en paz!... (Muere.)

ESCENA ÚLTIMA.

EL DUQUE, ALCESTE, soldados españoles, hombres del pueblo con hachones.

DUQUE. Ven, Olimpia, ven á mis brazos... (Avanzando.)

ALCESTE. Qué veo!... Ella!...

DUQUE. Cielos! (Inclinándose.) Su corazon no late... Hija, Olimpia, hija mia!

ALCESTE. Muerta!...

DUQUE. Oh, Dios! por qué castigas así?... Olimpia me abandona... Sus ojos están rodeados de una sombra negra... Su mano está helada... Oh! maldicion!

TODOS. Viva el duque de Arcos!...

DUQUE. Masaniello ha muerto. El pueblo hará de este loco un mártir... Y yo... yo... hé aquí mi triunfo. (Señalando el cadáver de Olimpia. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

POLIZA N. 15.020